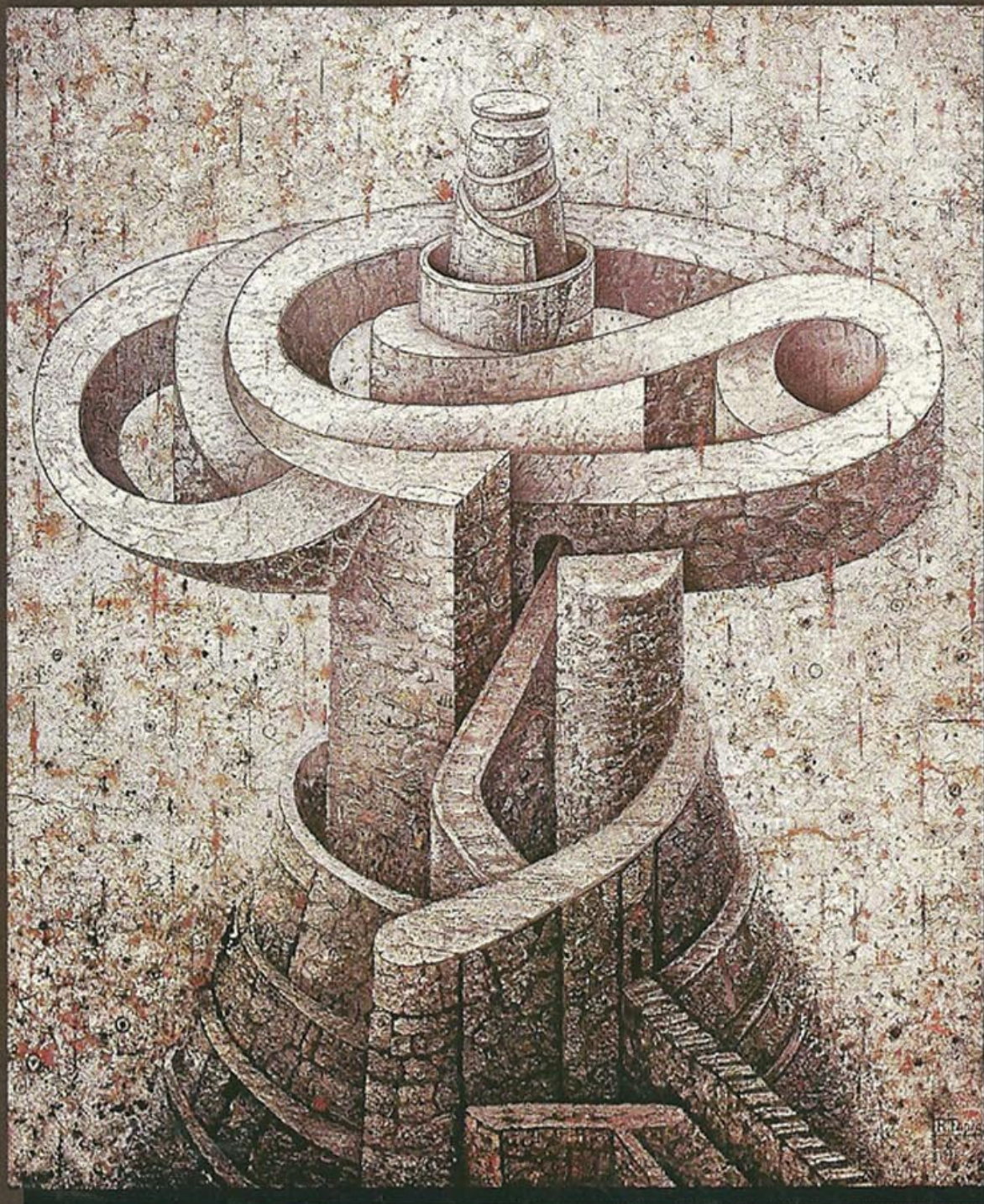


NICOLAS LASAIGUES

Recorriendo el laberinto



EDICIONES
Andronic©

RECORRIENDO EL LABERINTO

NICOLAS LASAIGUES

A mi Madame de Verninac.
Sin ella, esto no hubiera sido posible.

Licencia

Esta obra se encuentra protegida por la siguiente licencia

Creative commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-NC_SA 3.0)

Usted es libre de:

Compartir – copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra
Hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Atribución: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

No Comercial: No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Compartir bajo la misma licencia: Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta.

Para más información, dirigirse a:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es>

Prólogo

“Recorriendo el laberinto” es un libro de cuentos que hace sumergir al lector en una marea de sensaciones en el que las emociones se mezclan con la soledad, el frío, el miedo, el silencio, el vacío, los límites, la sangre y la muerte.

A lo largo de los cuentos, el género se desdibuja entre los miedos y el dolor, entre las ilusiones y lo desconocido, y entre la realidad cotidiana y la competencia con el destino. Terror, ciencia-ficción o simplemente drama. Es por ello, que recorrer el laberinto involucra conocer el misterio de los juegos mentales y las fantasías humanas. Implica, además, dejarse llevar por una narrativa variada que va desde lo más simple y mundano, hasta la extrañeza y lo exótico. Es un recorrido con principio y fin, pero sin escapatoria porque todos esos personajes, esos ambientes y esas sensaciones -que se sienten en el propio cuerpo- se quedan encerradas en un laberinto enmarañado que se arma dentro de la propia mente del lector.

Daniel Francisco

Cómo

La casa estaba dormida. No había un solo movimiento. En la cocina podían verse platos recién lavados, todo estaba en orden. Todo... Salvo una de las habitaciones.

La cama de dos plazas estaba desecha, con el cobertor caído en uno de los costados. Los veladores estaban prendidos y daban cierto color ocre a la blanca pared. La televisión estaba apagada y el sol empezaba a mostrarse en el horizonte.

La pareja se encontraba en medio de una danza estática, sus cuerpos sin movimiento, propietarios de una belleza especial...

Ella tenía cabellos oscuros y una boca no muy carnosa, pero lo suficiente para que cualquier hombre la deseara. Los pechos, ahora desnudos, eran dos esferas perfectamente redondas, coronadas por el rosado pezón. Su cintura, un poema entre el pecho y las caderas. Las sabanas tapaban el resto.

Él tenía puesto un pantalón gris y el pelo corto, castaño. Totalmente lampiño, se notaba que era o había sido cliente de algún gimnasio, porque tenía un físico trabajado. Estaba acostado encima de las sabanas, sin protección alguna.

Lo único que hacía extraña la escena, eran los seis agujeros que él tenía: Cinco en el pecho, y el sexto en la cabeza. Los disparos habían sido aleatorios: No marcaban puntos específicos. Creo que ninguno le dio en el corazón. El hoyo en su cara estaba cerca del ojo izquierdo y desfiguraba levemente su rostro.

Con ella, el trabajo había sido completamente diferente: Un corte cruzaba todo su cuello, pero ese sólo había sido el final. Antes había recibido múltiples punzadas en todo el pecho y la espalda. La escena dejaba ver la violencia y la resistencia de los participantes. Las sabanas, ahora rojas, se mezclaban con ellos. Las paredes estaban apenas salpicadas.

Yo estaba en cuclillas, a pocos pasos de la puerta. Observando, solo observando; tomando notas mentales.

Entonces escuché el crujir de la madera del piso a mi espalda.

Ahí estaba, parado. Sus ojos abiertos de par en par, miraban sin mirar. Su estatura era baja, su pelo oscuro pero brillante caía hasta casi tocar los ojos. Yo lo miraba con asombro. Cuando recorrí la casa no lo vi. No entendía de donde había salido. Vestía unos pijamas celestes con unos dibujos. Sea como fuere, el niño estaba ahí parado, mirando lo que quedaba de sus padres.

¿Alguien puede decirme cómo se le explica esto a un niño? Sus ojos, perdidos en ningún punto, empezaban a llenarse de lágrimas. No movía ningún músculo. Su boca, apenas abierta, ayudaba a que respire. No estoy seguro de si comprendía, pero veía en su cara su amargura, su angustia. ¿Podía entender que...? Parecía que sí, no sé... ¿Cómo? ¿Cómo se le hace entender que...? ¿Cómo se le dice? Que tiene, ¿5 años? Yo lo miraba, atónito. Él... Miraba al vacío. Sus ojos dejaron caer las primeras lágrimas.

Yo no pude moverme; tan solo lo observaba. No tenía palabras. No conocía las palabras.

¿Cómo se le explica? Yo no puedo...

La vista se me nubló un poco por las lagrimas que se iban acumulando. De mi ojo izquierdo cayó la primera. Mientras rodaba por la mejilla, saqué el cuchillo aun ensangrentado del bolsillo. Mi mano sintió su peso. Me acerqué lentamente y, por primera vez, me vio. Su cara lo dijo todo.

Una lágrima cae ahora desde mi ojo derecho en una danza íntima. Empiezo a escuchar la música y no puedo evitar sonreír.

El sol se refleja en el cuchillo y este da un destello. El niño mira la hoja y sus ojos se abren levemente; se nota el miedo en su respiración... Y yo no puedo dejar de sonreír.

Pienso: “Lo voy a disfrutar, voy a hacerlo bien lento”.
¿Saben qué? Hoy, soy feliz.

Sueño

Estoy cansado. Es de noche ya, y los párpados me pesan. Me meto en la cama y apoyo mi cabeza en la almohada: Sensación placentera si las hay. No puedo evitar que se me escape una sonrisa de placer.

Estoy en un parque. El pasto esta descuidado desde hace algún tiempo: Los yuyos han empezado a crecer.

Estoy en la parte trasera de una casa enorme y tan descuidada como el parque. Afuera, el cielo esta encapotado y amenaza con llover.

La puerta no ofrece resistencia y se abre quejándose ruidosamente, a mis pasos responde un rítmico eco lejano.

La cocina es un desastre: Hay cosas tiradas por todos lados, del techo caen jirones de... Algo que cuelga. La casa está abandonada hace años, y el sonido de mis pasos sigue siendo la única música.

Después de recorrer un poco, me paro frente a una puerta que esta semi-abierta. Oscuridad. Las escaleras descendentes se pierden en la oscuridad abismal. Estoy petrificado, absorto en el infinito azabache. Un frío recorre mi nuca y siento un escalofrío en todo el cuerpo. Sigo oyendo el eco de mis pasos.

Mi corazón late con fuerza. Una risa infantil que surge de las profundidades hace que el pánico se apodere de mí.

Corro, huyo con todas mis fuerzas. Paso por una sala, por otra. No veo el camino, tan sólo corro.

No hay salida. Encuentro unas escaleras y subo por ellas.

Silencio aterrador, sepulcral. Me adentro en la primera habitación: Nada, tan solo una mesa destruida. Me acerco cauteloso, temiendo que el crujir de las maderas del piso despierte a alguien... O algo. Me resguardo en una esquina y permanezco dos, cinco, diez minutos. Me desespero, no puedo seguir allí. Tomo una de las patas tiradas de la mesa a modo de garrote y salgo de la habitación.

Escucho la macabra risa infantil subiendo por las escaleras. Corro nuevamente. Entro en una habitación; luego otra. Un laberinto interminable de puertas hacia ningún lado.

Se corta la monotonía devastadora: La habitación a la que acabo de ingresar está decorada con paños rojos desde el piso hasta el techo, colgando de un lado a otro del cuarto. Es hermoso.

En el centro del lugar hay una cama. Me acerco tan despacio que ni respiro. Hay alguien recostado ahí. Cuando estoy suficientemente cerca, no puedo creer lo que veo: Es una mujer de pelo negro, largo hasta los hombros, hermosa; y tiene puesto un vestido rojo, al tono con el lugar.

–“Shhh!”–Escucho a mi espalda.

El terror se apodera de mí; lo siento en cada músculo del cuerpo como un veneno que se expande rápidamente. Volteo y me enfrento... A una niña, de apenas siete años, que me mira con ojos grandes.

–“No la despiertes”–Dice casi en un susurro.

–“¿Por qué?”–Pregunto sin saber.

–“Porque está soñando con nosotros. Si despierta dejaremos de existir. Nosotros somos su sueño.”

Un momento. ¿Me están soñando? Mientras interpreto lo dicho por la niña, una sonrisa de inocencia crece en mis labios. ¡Pero si yo soy! ¡Yo existo! ¡No soy un sueño! Eso lo sé. Lo sé tanto como que... Tanto como que estoy vivo.

No lo pude evitar. Empecé a reír cada vez más fuerte. La risa era incontenible; crecía y crecía.

La niña con cara de horror me dijo:

–“¡No! ¡Calla! ¿No entiendes? ¡La vas a despertar!”

El grito de dolor que a continuación salió de sus labios me estremeció. La niña se toma la cabeza y grita, llora. A mi lado, la mujer que antes dormía, la mira fijamente. Yo parecía ausente, externo a todo.

Siento el peso de la madera en mi mano, veo a la niña en su dolor y a la mujer que parece causarlo. No lo dudo, y descargo un golpe con todas mis fuerzas sobre la cabeza de aquella hermosa mujer.

La niña me mira, aún entre llantos y dice

–“¿Qué has hecho?”

Silencio, infinito abismo. Estoy rodeado de oscuridad, no hay nadie, no hay nada. Grito con todas mis fuerzas. Nada.

Después de estar cuatro meses en coma, el médico diagnostica muerte cerebral. Según mi voluntad en vida, mis órganos son donados.

EPILOGO:

“Nuestra mente y nuestro ser se complementan, comparten una esencia.

¿Qué pasaría si algún día te enfrentas a ella?

¿Y si en ese enfrentamiento le das muerte?”

Elefantes

Me mude. Si, a una casa sobre un local. De esas que tienen una puertecita linda y una escalera enorme, interminable, que sube hasta las nubes. Estoy contento, me gusta mi casa.

Lástima que es mediodía y no tengo nada para comer... Pero, por suerte, tengo un minimercado enfrente. Tomo un poco de dinero y cruzo la calle.

A ver... No quiero gastar mucho... ¿Unos fideos? Mucho trabajo. Compró una lata de jardinera, choclo y un poco de arroz. Voy a la caja haciendo equilibrio con las latas (nunca agarro el canastito, me olvido). Hay una señora mayor delante de mí. Me ve y me sonríe. Me cae simpática y le devuelvo el saludo.

Cuando tengo lugar para apoyar mis cosas, la señora me vuelve a mirar y me dice:

–“Vos sos el nene que se mudo enfrente, ¿no? A la casa de arriba.”

Ya estoy bastante grandecito para que me diga “nene” señora (pienso)

–“Si, la de ahí”– respondo con una sonrisa.

–“Recuerdo cuando era pequeña, antes, ahí funcionaba un jardín de infantes. No recuerdo el nombre. Bueno, la cosa es que un día un vagabundo, de esos que andan siempre rodeado de gatos ¿Vio? Bueno, se metió en el jardín y, así como así, mato a todos los chicos y a las maestras ¡De la nada! La policía lo mato antes de que pudiera decir una palabra. ¡Pobres chiquitos! El mundo viene mal hace rato. Recuerdo que justo pasaba por ahí cuando sacaron el cuerpo del vagabundo en una camilla. Mi padre me llevaba al zoológico y tenía en mi mano a mi elefantito rosa.

Bueno, bienvenido al barrio, nene.”

La señora se da media vuelta y se va. Yo me quedo con la boca abierta, no sabiendo si reírme o qué. La cajera me mira y nos reímos.

–“Simpática la vieja”–Le digo, y se ríe. Tiene linda sonrisa, me gusta.

Vuelvo a la casa. Esa mujer me incomodó un poco. Tengo que recorrer todas las habitaciones antes de sentarme a comer (incluso tuve que correr la cortina del baño). Me paso todo el día ordenando y sacando cosas de cajas; es increíble las porquerías que uno junta con el tiempo.

La noche llega demasiado pronto, pero estoy cansado. Me pego una buena ducha y me sirvo los restos de la ensalada del mediodía. Prendo la televisión: Nada, como siempre.

Sin previo aviso, toda la casa queda a oscuras. Me quedo quieto. Ya empezamos con los cortes de luz. ¡Como si fuera verano! Pero al asomarme por la ventana veo que el resto de las casas tienen luz. Perfecto, espero que sólo haya saltado la térmica. Si no, tendré que invertir en un electricista.

Voy a la cocina. Si mal no recuerdo la caja con el disyuntor está detrás de la heladera. Meto un brazo e intento alcanzarla.

Toda la piel se me eriza. En la oscuridad de la sala hay algo. No veo nada, pero lo siento.

Miedo.

Mi respiración se agita.

Río para intentar calmarme, pero me detengo cuando descubro dos ojos brillando en la negrura que me miran fijo.

Silencio. No respiro, no puedo. No estoy alucinando, están ahí. De pronto los ojos se mueven hacia mí. Siento miedo en todo el cuerpo, pero aún no consigo moverme.

Oigo maullar.

Es un gato. Respiro tan hondo que lleno mis pulmones. Se habrá metido por alguna ventana o por la terraza; tremendo susto me pegó. Intento nuevamente alcanzar el interruptor detrás de la heladera. Estoy con los ojos cerrados, esforzándome al máximo para estirarme.

Algo toca mi pierna y pego un salto. El gato. Me había olvidado por un momento del gato... Y, al mirar nuevamente hacia la sala, sigo viendo esos ojos amarillos, amenazantes. Se suma otro par. Y otro. Algo no está bien. Tengo toda la piel tensa, estoy muerto de miedo.

Los últimos ojos que aparecen son diferentes al resto. Tienen... Maldad. Siento que se me nubla la vista de observarlos tan fijamente. Parpadean, y se elevan... No sé como el gato puede hacer eso. Se detiene a la altura de mis ojos. Eso no puede ser un gato.

Pasos. Se acerca. Retrocedo, envuelto en pánico. Me choco contra la pared de la cocina. Se detiene en la puerta y logro ver que esta sonriendo.

Algo brilla en su mano derecha, algo filoso.

No sé cómo pero logro moverme. Tomo un vaso que estaba secándose y se lo arrojo con todas mis fuerzas. Simplemente lo atraviesa, sigue de largo. ¡El vaso paso a través de él! Pero el cuchillo en su mano es real; da un paso hacia mí y raya la heladera. Deja una gran marca, es real.

Tomo el jarro con el que hice el arroz a la mañana y lo lanzo con todas mis fuerzas, pero la puntería no me acompaña y le pego a un gato que está sobre la heladera. El sujeto se cubre el ojo y retrocede unos pasos... Gatos. Lo daño con los gatos.

Abro el cajón que está a mi lado y saco el cuchillo más grande que tengo: El que uso para trozar el pollo. Tengo un minino a pocos centímetros, sobre la mesada. Le descargo una estocada y le doy en la pata delantera. Con satisfacción veo, como antes, que mi invencible agresor cae arrodillado del dolor.

Los pobres animales caen a mi merced: Uno, cinco, diez. Es una masacre. Corren por todos lados y yo, fuera de mí, voy atrás de ellos.

Estoy manchado con su sangre por todo el cuerpo, pero lo estoy disfrutando. Casi se me escapa uno que pasa corriendo a mi lado, pero lo tomo de las orejas, lo alzo y lo degüello fácilmente.

En ese momento, la puerta de entrada se abre bruscamente y cinco sujetos entran gritando. Levanto mis brazos; en mi mano derecha el cuchillo ensangrentado y en la izquierda unos cabellos rubios manchados de sangre, y colgando de ellos una pequeña cabecita.

Ruido ensordecedor.

Me duelen los oídos, siento punzadas en el pecho.

Cuando la policía retira el cuerpo, cubierto con una sabana que no tarda en teñirse del rojizo color, ya se había reunido una multitud de vecinos. Entre ellos un padre y su hija, que sostiene un elefante de color rosa. El papá reflexiona y decide proteger a su hija de ese espectáculo inapropiado. Ella con dulzura lo mira y dice:

—“¿Le voy a poder dar de comer a la Jirafa, papá?”

Por él

El día está soleado. Es hermoso ver como el sol brilla sobre los árboles.

Estoy caminando por el parque. A mi lado va caminando torpemente mi hijo. Es pequeño aún, y es gracioso ver como intenta coordinar sus pequeños piecitos. Admito un sentimiento de orgullo por él; me hace inmensamente feliz.

Cada tanto me mira, y una sonrisa se forma automáticamente en la boca de ambos.

Soy feliz. Es difícil expresar las sensaciones que produce un hijo en un padre... Pero soy feliz.

En un momento se aleja de mí y comienza a caminar solo. No es la primera vez que lo hace. Yo me detengo y lo observo alejarse unos metros con su andar rapidito y medio bamboleante.

Una mariposa llama su atención, y lo escucho reír con la risa de la novedad, del descubrimiento de un mundo maravilloso. Yo, absorto en mi felicidad y en la suya, solo puedo pensar en cómo esa pequeña cosita cambió mi vida, cómo me miró por primera vez, y el primer contacto de nuestras manos.

Un ruido ensordecedor, como un trueno, muy cercano, me saca de mis pensamientos. Una sensación de escalofrío recorre por todo mi cuerpo y siento tensión en mi piel.

Busco rápidamente a mi hijo, pero no lo veo por ningún lado. Ahora sí que siento el miedo, y mis sentidos se atrofian ante la desesperación.

Finalmente lo veo en el suelo, a quince metros delante mío, detrás de unos arbustos. Corro, corro desesperadamente, corro como nunca lo hice en mi vida.

Mi hijo yace en el suelo, muerto.

Otro trueno se escucha en todo el cielo, y un dolor desgarrador se apodera de mi pierna derecha. Caigo retorciéndome, con los ojos nublados por las lágrimas.

Los veo acercarse y aún no lo creo.

Seres de otro mundo. Son seres de otro mundo. Uno siempre escucha historias como ésta, pero realmente jamás las creí hasta éste momento.

Son horribles: Su cuerpo lampiño y esos ojos inexpresivos... ¡Los odio! Mi hijo, ellos le hicieron... ¡Lo mataron!

¡Grito con todas mis fuerzas que los voy a matar a todos! Pero solo logro divertirlos.

¿Por qué no me mataron a mí?

De pronto siento que mi vista se nubla y un manto gris se va apoderando poco a poco de mí. A último momento, veo que mi hijo mueve su mano: ¡Está vivo!

Los malditos me llevan arrastrando. No opongo resistencia. Mi hijo está vivo y ellos no se dieron cuenta. Si me llevan a mí, se olvidaran de él.

Ése fue mi último pensamiento, y esa fue la última vez que vi a mi hijo.

Me despierto en una jaula, con un sabor extraño en la boca y un agudo dolor en todo el cuerpo.

Afuera está lleno de esas horribles criaturas que me miran con esos ojos inexpresivos y caminan de aquí para allá. Dos de ellos se paran delante de mi jaula y, el más bajo, le dice al otro algo en su lengua; algo que no entiendo.

¿Que significará “Mirá mama, se despertó el leoncito.”?

56475-K

Despierto. Dolor. Siento que mis sienes desean juntarse y aplastarme en el intento. Mis pies logran tocar el suelo frío. No me gusta. La luz es demasiado intensa y no puedo abrir los ojos. El dolor sigue.

No sé cuánto tiempo estuve sentado hasta que la pregunta vino a mi mente:
¿Dónde estoy?

La habitación es completamente blanca, sin ventanas, con tan solo la cama en el centro. El lugar parece hecho de plástico, de paneles verticales uno al lado del otro. Ni siquiera hay una puerta.

Con dificultad comienzo a caminar hasta la pared más próxima, cuando mis manos alcanzan la superficie. La recorro con cuidado intentando percatarme de algo. Si de alguna manera entré, tiene que haber una forma de salir. Aunque la habitación está bien iluminada, camino prácticamente como un ciego: Aún no puedo ver bien.

Comienzo a gritar pidiendo ayuda. Con cada grito siento que la cabeza me estalla, pero tengo que salir de ahí. Golpeo con mis manos la superficie imperturbable.
Nada.

La pared se desvanece. No sé en qué momento ni cómo, pero caigo como una piedra hacia delante, y mi rostro encuentra el duro piso como obstáculo. No fue tan doloroso, creo que la sorpresa amortiguó el impacto.

Con un poco de dificultad me pongo de pie. Estoy en una habitación parecida a la anterior, pero más grande. No hay cama; es más, no hay nada. No entiendo, tampoco hay una mísera ventana.

–“¡Y me sigue doliendo la cabeza!”–Grito, cayendo de rodillas por el dolor.

Nota mental: No volver a hacer eso. El dolor es mucho, pero esto no me gusta y estoy mitad nervioso y mitad temeroso. Me da mala espina todo esto.

Cuando el dolor se hace soportable nuevamente intento incorporarme, y algo me llama la atención. Siento como se eriza la piel de mi nuca.

No hay puerta, no hay salida. Mis músculos se tensionan. Débilmente, lejos, detrás de quien sabe cuántas paredes, se escucha un grito desgarrador; como si estuvieran torturando a alguien. Frío. Quiero salir de aquí.

Vuelvo a golpear las paredes. Mis piernas siguen sin responderme bien y, torpemente, voy recorriendo toda la habitación. El grito se detiene. Volteo hacia donde –creo– proviene. Siento una brisa en la espalda. Una puerta.

La cruzo antes de que desaparezca. Misma habitación monocromática. No entiendo.

Las luces se desvanecen. Mi corazón palpita a punto de estallar pero no estoy rodeado de oscuridad: Por algún lugar entra un débil haz de luz. Corro hacia ahí. A los pocos pasos, mis piernas me fallan y caigo de cara violentamente al suelo.

Tomo con ambas manos mi cabeza. El dolor es tan intenso que lloro. Respirar hondo, hay que respirar hondo.

La luz, voy hacia la luz. Es una pequeña ventana similar a un ojo de buey. Está un poco alta, pero no fuera de mi alcance.

No siento mi cuerpo. Mis sentidos se volvieron locos. Creo que hasta he dejado de respirar: Ante mí, una danza hermosa, un ballet cósmico eterno, y el terror en su belleza máxima. Estoy observando una inmensa galaxia en espiral. Estoy en medio de la nada interestelar.

Mis piernas se dan por vencidas y caigo nuevamente. Estoy condenado.

Escucho un grito que me hiela la sangre. Mi respiración se agita increíblemente. Es como el grito anterior, pero se escucha mucho más cercano.

Mis piernas reviven como si se tratase de un milagro y comienzo a correr. Golpeo la pared más cercana con las manos esperando que algo se abra. A mi derecha, a unos dos metros una puerta aparece. La cruzo velozmente antes de que desaparezca.

La habitación es –también– blanca, pero cuesta creerlo debido a la cantidad de sangre que cubren el techo, la pared y el piso. Parece que hubiera habido una carnicería en ese lugar; aunque no hay restos, tan solo la sangre esparcida por todos lados. El problema es que gran parte está todavía fresca.

Cruzo la habitación lo más rápido posible, buscando nuevamente que la puerta se abra, golpeando la pared. Solo que esta vez alguien golpea también del otro lado.

Me quedo petrificado, mis músculos se endurecen al máximo. Un grito aterrador atraviesa la pared, corro desesperadamente hacia... ¿Dónde? Estoy en medio de lo que esos gritos signifiquen.

Solo queda una pared, la golpeo con todas mis fuerzas y lo más rápido que puedo, en cuanto la puerta se abre no pasa un segundo que ya la estoy cruzando. A mis espaldas los gritos se hacen más dolorosos.

Si la habitación anterior parecía una carnicería no tengo palabras para describir donde estoy: No solo la sangre cubre todo el recinto, sino que pedazos destrozados de carne y piel están desparramadas por el piso.

Estoy a punto de vomitar cuando un golpe en la pared me saca de mi letargo. Por su violencia, podría haber traspasado la pared.

Entre los restos me parece distinguir una especie de arma. Otro golpe hace que caiga del susto. Me arrastro desesperadamente hacia la especie de pistola. La tomo con ambas manos y me apoyo contra la pared.

Apunto hacia ningún lugar. Silencio, no respiro intentando escuchar algo.

Un grito como nunca había oído antes se escucha detrás de la pared. No puedo describir el terror que siento en cada célula de mi cuerpo.

Coloco el arma en mi boca y acciono el gatillo.

Agrego una mancha más a la pared.

Silencio. Pasan uno, dos, cinco minutos. Por la ventanilla del ojo de buey el centro galáctico gira imperturbable, de pronto parpadea y la animación se apaga. Un poco a la izquierda una puerta se abre, un hombre vestido de blanco se acerca a la estructura y abre una compuerta.

Llega hasta el cuerpo sin vida que aún sostiene el arma en su mano.

Saca la birrome y anota en su cuaderno.

Sujeto: 56475 – K

Duración: 15: 857 minutos.

Resultado: Negativo.

Toma un intercomunicador de su bolsillo y dice

–“Coloquen todo en su lugar, traigan al próximo.”

Ícaro

–“Comandante Simón en puesto de mando.”–Grita. –“Hermosa nave, la mejor de toda la flota ¡si Sr.!”–Dice para sí mismo, pero con suficiente voz como para que la persona junto a él (de haber alguna) lo escuche.

La puerta de acceso se resiste a ser abierta. Después de un sutil golpe se abre con facilidad. Se sienta en el único sillón. Mira el complicado panel de control, toma aire y saca el manual de procedimientos.

–“Medidor de combustible, ok. Control de aceite, ok.”–La lista casi interminable de chequeos se prolonga por unos largos minutos.

–“¡SIMON!”–Se escucha el grito desgarrador

Simón abre la precaria puerta de la cosmonave y contesta gritando:

–“¿Qué mamá?”

–“En diez minutos comemos ¡Y deja de jugar en la terraza que es peligroso!”

–“Si mamá...”–Responde casi susurrando. Mira el tablero de control fabricado con partes de radios, equipos de música y otros aparatos en desuso. Sonríe, una chispa brilla en sus ojitos marrones–“¡Reanudación de verificación control de misión! Medidor de combustible, ok. Control de aceite, ok...”

La secuencia es revisada día a día. Cada noche después de comer se sienta junto a su ventana y contempla la Luna, aquel objeto que lo obsesiona desde que tiene uso de memoria. Incluso a veces, cuando está llena y muestra todo su esplendor, una lágrima corre por sus regordetas mejillas.

Al día siguiente, como todas las tardes después de volver del colegio, sube las escaleras que lo separan de la terraza. El edificio es viejo, pero los inquilinos se encariñaron con el pequeño astronauta y no se meten con su nave espacial (en realidad es mayor el temor a romperla), y allí como todos los días, salvo aquellos en los que llueve, lo espera su nave “Pegaso”. Tiene incluso dibujado por su propia mano el caballo blanco alado en cada costado.

Es raro que un niño de diez años sienta tanta pasión por algo, pero él la describe como una “cosa” en el pecho que le hace temblar todo el cuerpo. La verdad es que su garganta se seca, su corazón palpita alocadamente y sus manos se humedecen.

–“Mama, tengo algo para anunciarte.”

La cara tan seria del pequeño enternece a su madre que intenta no reírse de aquella “seria” situación.

–“Mi nave esta lista, mañana será el despegue si es que el día lo permite”–Su madre tan solo puede esbozar un tenue “Bueno” para no romper a carcajadas.

El día siguiente es espléndido y Simón está haciendo los últimos preparativos de su nave. Después de la tediosa verificación se coloca su traje presurizado y se queda estático. Una lágrima se escapa por el rabllo de su ojo.

–“Tengo que salir de acá, quiero volar”–Siente un agujero en el pecho que, si bien no es nuevo, nunca se lo comento a nadie–“Quiero irme para siempre. Quiero encontrar el lugar al que pertenezco.”

Pulsa el botón de ignición, se escucha una fuerte explosión, la nave tiembla hasta casi destartarse... Y se eleva unos centímetros del suelo. Adquiere más velocidad. De fondo cree escuchar el grito de su madre llamándolo.

–“Adiós mami, perdóname.”

El cohete describe una curva perfecta hacia el infinito. El azul del cielo deja lugar a la negrura del cosmos. A lo lejos, su objetivo: La Luna, hermosa como siempre.

En los titulares del día siguiente, la noticia apareció en todas las portadas en mayor o menor tamaño: El caso del niño que fabricó su cohete y, con combustible que compro en una gasolinera, acciono el mortal juguete. El artefacto exploto casi de inmediato dejando a la victima prácticamente irreconocible (los datos se reservan por tratarse de un menor).

Mientras tanto, en algún lugar, Simón se dirige hacia su amada Luna.

Entrevista

La habitación es simple. Sólo hay una mesa un poco más allá de la mitad de la sala. Me acerco lentamente. El hombre de color que está sentado no levanta la vista de las hojas que tiene delante. Me quedo parado al lado de la única silla libre del lugar.

– “Por favor, siéntese”–Me dice cortésmente.

No sé que hubiera hecho si no me lo decía, creo que me hubiera quedado parado ahí todo el tiempo.

–“Bueno, comencemos: ¿Cuál cree que sería el motivo de su vida?”–Pregunta mirándome por primera vez a los ojos.

–“Eh... Ser... ¿Feliz?”

–“Se ve que no leyó bien la guía que le entregaron al comienzo. Cuando se retire y, para la próxima vez, relea el inciso 28 del apéndice “B”–Me corrige sin ningún tipo de expresión.

–“Sí... Sí, señor”

–“Veamos”– Suspira. –“¿Tiene algún motivo en particular para vivir? ¿Algo que lo impulse?”

Mis ojos hicieron un gran círculo antes de responder.

–“Sentir.”

–“Veo que no es un hombre de grandes oraciones. Le aconsejo, si quiere que todo esto realmente de algún fruto, que se explye en sus respuestas.”

Me quedo mirándolo fijo.

–“¡Por Dios hombre! ¡Que me responda con más palabras!”–Dice casi gritando.

–“Si, le había entendido. Solo esperaba la próxima pregunta.”–Respondo, y noto una leve sonrisa en sus labios.

– “Respondió ‘sentir’ ¿Puede agregar algo más?”

–“Me gusta la idea de percibir las sensaciones, las emociones... Oler, degustar.”

–“Ajá”–Dice mientras escribe en las hojas.

De repente se detiene y me mira.

–“Leyó antes de llenar el formulario, que allí Usted declara que lo hace por voluntad propia y sin que nadie lo obligue.”

–“Si señor.”

–“Porque me da la sensación de que lo está haciendo debido a que cree haber encontrado una pareja, y ambos quieren probar suerte.”

–“Ya le dije cuales eran mis motivos.”

–“Bien, porque debe saber que aunque los dos llenen el mismo formulario para el mismo mundo, aquí el tiempo-espacio no significa nada. O sea: Pueden acabar en siglos diferentes y no cruzarse nunca.”

–“Tenía una leve idea sobre eso”–Respondo calmado–“Pero como le dije antes, no son esos mis motivos.”

–“Bueno, le debo informar que realmente sus motivos son bastante pobres y no creo que llegue a la calificación necesaria para lograrlo.”

No pude contener que se formara una mueca de angustia en mi cara.

–“Libérese, diga realmente lo que quiere...”

–“Ya le dije: Quiero sentir, tocar, oler, amar, sufrir... Lo necesito”– Las lágrimas casi escapan de mis ojos.

–“Si hay algo que le puedo asegurar, es que se sufre. Haré lo posible, pero por el momento debo denegarle la prioridad uno.”

–“Gracias.”

Me levanto, le estrecho la mano y salgo de la habitación limpiándome la cara. El hombre espera hasta que la puerta esté cerrada y luego escribe al pie del informe:

“Totalmente apto, pero debe ser seleccionado únicamente para llenar el cupo, debe creer que fue pura suerte su selección. Destinado a sufrir.”

Pone la hoja en un sobre y lo archiva con el resto.

Llego a mi habitación, tomo mi cuaderno y escribo:

“Hoy tuve mi primera entrevista para ser seleccionado para nacer. Creo que me fue bien. Después de todo el esfuerzo que me costó llegar hasta acá, quizás tenga una oportunidad verdadera.

Mi sueño está más cerca. Sentir... Casi no puedo contenerme. Necesito sentir como es una piel en mis manos, como sabe esa piel en mi boca, como mis dientes la desgarran y aflora la sangre. Sentir el pánico en sus ojos, sabiendo lo que sucederá.

Estoy realmente contento.

Espero que todo salga bien.”

O.E.N.I.

Nave Colonizadora de escape NL-3214.

Tipo: Beta.

Superficie: Ochenta y dos mil millones de kilómetros cuadrados.

Población actual: Treinta y seis trillones de personas.

Año: 5,623 de la nueva era.

–“Su Majestad, hemos detectado un objeto no identificado en el cuadrante ocho, a quince plots de distancia.”

–“¿Nos han detectado?”

–“Aparentemente no Majestad.”

–“Excelente, prepare las sondas de reconocimiento.”

A los pocos minutos, una pequeña cápsula más pequeña que una pelota de fútbol, se aleja de la gran nave.

–“La sonda se encuentra a diez plots. Nueve, ocho, siete, seis plots, cinco... Sonda destruida.”

–“¿Cómo?”– Pregunta Su Majestad, como si no hubiera escuchado las últimas palabras.

–“Se ha detectado actividad térmica en la superficie más cercana, han disparado y destruido la sonda.”

–“Pase al estado de alerta UNO. Llamen a los directivos de los siete sectores; junta inmediata. Tema a tratar: hostilidad de vida inteligente.”

La habitación es lo más austera posible, sin ningún tipo de decorado elegante que moleste la visión y, por consiguiente, la concentración del personal. Detrás de cada asiento, un ayudante está atento a las indicaciones de su líder para cualquier cosa que pudiera servir.

–“Señores, esto es lo que sabemos”– Dijo el contralmirante en jefe –“Su nave es dos veces más grande que la nuestra, no sabemos qué tipo de tecnología tienen, sólo la que derribo a la sonda. Por supuesto, saben dónde estamos y deben estar conjeturando sobre nosotros como lo hacemos sobre ellos. Si bien no se han acercado, tampoco han retomado su curso anterior.

En cuanto a los aspectos técnicos, el jefe de telecomunicaciones les dará los detalles.”

El jefe de telecomunicaciones es un hombre de estatura apreciable, con un bigote ya blanco por los años y una mirada firme.

–“La nave no presenta rasgos característicos, los materiales son conocidos en un setenta por ciento, el resto no se ha podido averiguar debido a una interferencia electromagnética desconocida. Los medios de propulsión son totalmente desconocidos, dado que carecen de motores visibles o campanas de propulsión...”

–“INTERRUPCION LINEA ROJA UNO”– Corta el discurso una voz mecánica –“INTERRUPCION LINEA ROJA UNO...”

–“¿Qué sucede?”– Grita en no muy buenos términos Su Majestad.

–“Perdón por la interrupción, Elegidos”– La voz se escucha presa del pánico –“pero un objeto no identificado proveniente de la nave se acerca.”

El silencio se apodera de la sala, los ojos no dejan de observar el ovalo blanco por el cual se transmite la voz.

–“Repita por favor”– Dice finalmente el directivo del sector tres.

–“Un objeto no identificado proveniente de la nave alienígena se acerca.”

–“¿Mostró algún tipo de actividad?”– Pregunta casi tartamudeando el directivo del sector seis.

–“Aun no señor, pero se acerca a gran velocidad”

–“Esto Tenía que pasar a dos períodos de las elecciones, maldita sea”– Grita Su Majestad golpeando la mesa –“Señores ¿Medidas de acción?”

No hizo falta mucha deliberación, el objeto se acerca a gran velocidad, sin muestras de detenerse.

–“Sala a comando de control, destruyan el objeto inmediatamente.”

–“Si Elegidos”– Es la seca respuesta.

No había terminado la frase cuando otro canal fue interrumpido.

–“INTERRUPCION LINEA ROJA TRES, INTERRUPCION LINEA ROJA TRES...”

–“Comunicación a elegidos, estamos captando ondas de baja frecuencia provenientes de la nave ¿Curso de medidas a tomar?”

–“Por el momento ignórelas. La seguridad de la nave está en juego.”

–“Si, Señor.”

Los segundos transcurren lentamente, hasta que el frío silencio se corta con la voz del comando de control.

–“Objeto destruido satisfactoriamente, Elegidos.”– Las sonrisas comienzan a formarse en los rostros de los directivos, pero son rápidamente interrumpidas.

–“Comunicación a sala de mando: Las ondas de baja frecuencia se pentaplicaron. No tenemos medios de descifrarlas. Los algoritmos no sirven, el lenguaje es totalmente incomprendible.”

–“INTERRUPCION LINEA ROJA ONCE, INTERRUPCION LINEA ROJA ONCE...”

–“¿Qué sucede?... ¿RE?”– Pregunta más que impaciente Su Majestad.

–“Detectamos por medio de los sensores externos, grupos básicos de aminoácidos en los restos de la sonda exploratoria alienígena.”

–“¿Eso quiere decir lo que creo?”– Pregunta el directivo del sector siete.

–“Si se refiere a que la nave estaba tripulada por seres vivientes, es correcto.”

Silencio, los rostros palidecen rápidamente

–“Hemos comenzado una guerra...”– Llego a decir el directivo del sector uno antes de vomitar sobre la alfombra.

–“INTERRUPCION LINEA ROJA UNO, INTERRUPCION LINEA ROJA UNO...”

–“¿Qué pasa Comunicaciones ahora?”

–“Elegidos, las ondas de baja frecuencia cesaron repentinamente.”

El mensaje es interrumpido por una voz mecánica.

–“INTERRUPCION LINEA ROJA CINCO, INTERRUPCION LINEA ROJA CINCO...”

–“RE ¿Qué carajo pasa ahora?”

–“Su Majestad, percibimos actividad térmica en la nave alienígena.”

–“¿Señores?”– Su Majestad pregunta sabiendo la respuesta.

–“¡RE! Manden misiles Cuarks a la nave, los necesarios para volarla del mapa.”

–“Si Señor.”

Ninguno de los directivos, ni siquiera Su Majestad se mueve en los minutos siguientes.

–“Elegidos, nave destruida.”

Los gritos inundan la sala, todos se felicitan por la seguridad de sus actos, la rapidez de las decisiones y los caminos elegidos.

La puerta de la sala se abre de un fuerte golpe. Seguridad reduce rápidamente al pequeño hombrecito con lentes que acaba de entrar.

–“Déjenlo”– Dice el directivo del sector cuatro –“Es el prefecto de RE de mi sector.”

–“Elegido, tenemos un problema.”

Los saludos y gritos cesan inmediatamente para pasar a miradas estupefactas hacia el pequeño hombre.

–“Terminamos de analizar los grupos de aminoácidos, son cuatro grupos básicos... Eran humanos.”

–“¿Cómo es posible?”– Llega a preguntar su Majestad.

–“Solo queda una posible explicación, se trataba de otra nave colonizadora.”

–“¿Pero cómo es posible que control no la haya identificado? ¿Cómo...?”

–“Elegidos, la evacuación del planeta madre Tierra, sucedió en la era preneo. Cuando en un intento de obtener energía del Sol se desestabilizó y comenzó a transformarse en una gigante roja, dejando al planeta...”

–“¡Ya todos conocemos la prehistoria prefecto! ¡Vaya al grano!”

–“¿Cuándo fue el último contacto que tuvimos con otra nave colonizadora?”

Los rostros se miran escudriñándose.

–“Fue en año 1530 de la era postneo, o sea, hace más de veinticuatro mil años... Años sin interacción entre las colonias... Evoluciones diferentes.”

–“Me quiere decir prefecto que la primera señal de vida encontrada en la historia, no solo la hemos destruido ¿Sino que además era humana?”

–“...Correcto Elegidos.”

Nota publicada sobre el incidente NL-26-5623-90

“En el sector ocho se encontró nave no identificada con fines hostiles no determinados. La seguridad de la comunidad se vio amenazada. Tomándose medidas drásticas y sin posibilidad de tregua con los entes, se procedió a su destrucción.”

Barcos

Cada vez que iba a la casa de su abuela, podía ver aquel barco que había construido su abuelo marino. En realidad parecía más el esqueleto de un barco, porque le faltaban las velas. Su abuela le había comentado que años atrás las había sacado para limpiarlas y algo les había pasado. Pero de todas formas era hermoso.

Incluso su padre, hace algunos años, había hecho la misma tarea, un poco más modesta por supuesto, pero eso no quitaba la belleza de este otro barco. Además, tenía sus hermosas velas y todos los hilos que surcaban el laberinto entre los mástiles. Cuando lo hubo terminado y mientras lo colocaba sobre la repisa, su padre lo miró y le dijo:

–“Ya llegara el día en que tengas que hacer el tuyo”– Y sonriendo lo acomodó muy cuidadosamente.

Simón lo miraba absorto mientras escuchaba música en la sala. Le parecía asombroso el trabajo de su padre, pero sabía que la madera nunca había sido su fuerte. Cada vez que tenía que hacer una maqueta para la escuela, necesitaba ayuda con la madera balsa. Simplemente sus dedos se volvían demasiado torpes, no sabía explicarlo, no le pasaba con el papel, ni siquiera cuando desarmaba piezas de metal o plástico. Aquel reto le llenaba de fascinación y miedo.

Busco en la biblioteca de su padre (a escondidas) fotos e ilustraciones sobre carabelas, de diferentes ángulos y precisiones. Tras dos meses de recopilar material se puso a trabajar en su cuarto, cuidando de hacerlo mientras estaba solo y guardándolo antes de que sus padres llegaran, en el cajón de los juguetes. Sabía que nunca se fijarían ahí... Siempre que él no dejara juguetes tirados por ahí, y obligándolos a guardarlos.

Sabía que la empresa le costaría. En el primer intento no le salió la base del barco, era muy cuadrado y las fotos mostraban algo grácil, más fino, con ligeras curvaturas. A la basura.

Comenzó nuevamente, prefería hacer eso antes que arreglar algo que le costaría más trabajo. Ya había aprendido eso. Trabajaba desde que llegaba del colegio hasta la hora de la cena. Le decía a su madre que tenía que hacer tarea para el colegio y como era buen alumno (aunque no estudiaba) no había problema.

A los quince días de trabajar en el segundo intento, por algún motivo las maderas no aguantaron y se partieron dejando el casco del futuro barco con un hueco más grande que el del Titanic. Lo miró con cierta mueca en el labio y no pudo evitar reír ante la comparación.

Su madre escuchó la carcajada desde la sala, le pareció extraño que se divirtiera tanto con la tarea pero, al fin de cuentas, siempre había sido muy aplicado.

Quitó cuidadosamente las maderas quebradas y las suplantó por otras nuevas. Le llevo cuatro días hacer que quedaran ubicadas correctamente, con la curvatura adecuada.

Siguió trabajando todas las tardes incansablemente durante cuarenta y ocho días. Tardó un poco más de lo previsto porque le había puesto las velas y después quería pintarlo. Tuvo que sacar cuidadosamente las velas, desenganchar los hilos y ahí comenzar a pintar el barco de a poco, para que no despidiera mucho olor. Una vez seco, volvió a colocar todos los accesorios.

Una vez terminado, sintió una invasión de calor en su pecho: Era orgullo, orgullo puro en su mejor estado.

Había elegido el día porque sabía que sus padres volverían un poco más tarde. Había puesto la mesa ratona en el medio de la sala y sacado cuidadosamente los adornos que estaban arriba, allí iba a colocar su obra, que a segunda vista no era muy buena pero

no importaba. Había sido producto de su trabajo, y tan mal no estaba para alguien de solo diez años. Incluso acomodó las lámparas de pie para que el efecto lumínico fuese mejor, y el impacto visual tuviera mayor potencia.

Fue corriendo a su cuarto y sacó el barco cuidadosamente, como si se tratara de un tesoro. Lo llevaba hacia la sala, moviéndose a centímetros por cada pisada.

Sin querer piso mal, doblándose el tobillo. Sintió una punzada que se le clavo en la pierna y cayó por el dolor. No vio cuando su obra de madera tocó el suelo, pero sí la escuchó. Cuando sus ojos volvieron a abrirse no se distinguía parte alguna de lo que había sido segundos antes.

Se le formó un nudo en la garganta, y las lágrimas invadieron sus ojos. Todo su esfuerzo se había hecho añicos, y había guardado tan celosamente el secreto que nadie lo sabía... Ni lo sabría tampoco. Se quedó ahí algunos minutos, mirando como por su torpeza había destruido lo que tanto esfuerzo le costó. Y lloró. Lloró en el pasillo oscuro, como hacía cuando estaba sólo.

El pecho le dolía. Era una mezcla de angustia, dolor, impotencia y odio. Odio a sí mismo.

Tomo todos los pedazos de madera, incluso paso la escoba, y los guardo en una bolsa que después tiro en la basura del vecino a la vuelta de la casa.

Cuando sus padres llegaron, lo encontraron tirado en la cama, sin ánimos de comer.

Al día siguiente se levantó con la angustia reflejada en la cara. No habló en el viaje, ni siquiera en el colegio. Lo bueno fue que tampoco lo molestaron y si lo hicieron, no se dio cuenta.

Cuando regresó a la casa se puso a ordenar su cuarto: La ropa en el ropero, los juguetes en sus cajones debajo de la cama... Cuando los abrió encontró un sobre. Era de su padre.

“Bebe:

Hace dos semanas descubrí tu proyecto y lo seguí con entusiasmo, estaba hermoso. Me di cuenta que ayer te sentías mal y encontré unos pedazos de madera en el pasillo. Nunca fuiste muy hábil para barrer.

Pero no te preocupes. Yo tarde tres años en hacer mi barco, pero vos tenés más tiempo. Ojalá yo hubiera tenido tus ganas y tu habilidad a tu edad.

Te quiere, papá.”

Y adjuntaba una foto del barco terminado.

Simón se largó a llorar. Era la mejor muestra de orgullo y amor que su padre le había dado.

Corrió a sus brazos y lo abrazó con todas sus fuerzas.

Ambos estaban con los ojos cerrados, pero sabían que estaban sonriendo.

Fobia

Enrico Puzo era el artista plástico del momento. En realidad, lo era desde hacía poco más de tres meses, cuando en una exposición por la que nadie daba un centavo, apareció este afamado crítico de una revista... Perdón, de La Revista más importante del país. Y con eso bastó: Fue la llave que desencadenó todo.

Más allá del arte del Sr. Puzo, lo interesante era su personalidad: Se trata de un hombre extremadamente fóbico. En especial, a lo que atañe a insectos, subterráneos, perros, ruido, polvo, al agua y, por último, una extraña fobia cromática hacia el color azul. Pero dominaba el abanico de sus fobias, aquella que sentía por los humanos. Al volver cada día a su casa, pasaba al menos media hora limpiando sus manos (o cualquier parte que otra persona haya tocado) con alcohol.

Por supuesto, lo primero que hizo cuando sus dividendos fueron suficientes, fue colocar en todo su departamento de la avenida vidrios contra sonido, de los dobles. Si bien sabía que muchas de sus fobias podían solucionarse simplemente mudándose del centro hacia alguna otra área menos poblada, su condición de artista se lo impedía.

Así, Enrico vivió feliz durante algunas semanas.

Un día cualquiera, después de su sesión de desinfección mundana, se preparo un café y miró por la ventana hacia el mar de automóviles que transitaban la avenida debajo de sus pies. Allí encontró una pequeña multitud que, entusiasmada, miraba hacia su ventana. Una mueca de disgusto no tardo en formarse en su rostro.

–“Así que no tardaron en averiguar donde vivo, malditas sanguijuelas...”

Se dio media vuelta y se retiró a tomar su café en paz. A los pocos minutos, después de dejar la taza en el lavabo, sintió curiosidad y volvió a asomarse a la ventana. La multitud se había triplicado ¡No! Quintuplicado. Al verlo, comenzaron a mover sus brazos y a gritar. Él sonrió para sus adentros: Su inversión en esos vidrios ya se estaba pagando sola. Levanto una mano a modo de saludo, pero en vez de eso tomó las pesadas cortinas y las corrió lentamente, disfrutando mientras lo hacía.

Seis pisos más abajo, la gente no paraba de gritar eufórica, casi afónica, para avisarle al pobre hombre del último piso que el restaurante “Don Carlo”, que se hallaba en planta baja, había tenido un desperfecto en la cocina que generó un repentino incendio que comenzó a devorar el edificio, y ya había tomado el tercer piso.

Cansancio

A veces se me hace demasiado difícil mantenerlos adentro, a mis demonios. Aquellos que luchan dentro de mí desgarrándome, hiriéndome, matándome lentamente.

En este momento es prácticamente imposible mantenerlos controlados, escondidos bajo capas y capas de pensamientos en lo más profundo de mi mente.

Simplemente no puedo. Tengo ganas de llorar, de rendirme finalmente. Estoy cansado y puede ser que ellos ganen hoy. Tengo las defensas bajas, soy blanco fácil para sus garras.

Pongo la cara entre las manos e intento respirar hondo. La sensación sólo me calma por segundos.

Hoy bajé demasiado en los profundos laberintos de mi mente, y no estoy seguro de conocer el camino de vuelta.

Sin el lucero de tus ojos como guía, acompañándome y nutriéndome con la energía necesaria para levantarme cada día, es que hoy soy menos de lo que era ayer.

Creo que estoy temblando. Siento ya las lágrimas correr por mi piel hasta suicidarse en el abismo de lo que una vez fue mi corazón.

Quiero despertarme de esta pesadilla de lo que soy, de lo que fui. Pero no puedo escapar a esto, de mí. Los demonios viven dentro de mí y me acompañarán a donde sea que la mala suerte me depara caer.

No entiendo porque el sol se niega a iluminarme, porque me niega la sombra que veo en el resto de los transeúntes que pasan a mi lado sin pasar.

¿Porque mi casa parece tan fría cuando estoy ahí, y sin embargo tengo en mi memoria recuerdos de calidez? Sentado en el sillón mientras leía alguna tarde feliz, hace mucho tiempo, tanto que ni puedo recordar cuanto.

¿Porque la mancha de humedad que salió en el medio de la pared de la sala se niega a retirarse y me jode la existencia riéndose de mí?

Siento que mi corazón ha dejado simplemente de latir y las venas de mi cuerpo lentamente se mueren asfixiadas.

La claridad poco a poco va desapareciendo, muriendo con el día. Hoy ya nada tiene sentido, ya nada vale la pena. Busco en el ropero recuerdos de algún tiempo mejor. La casualidad, el destino o un Dios vengativo de mi indiferencia y emancipación, hacen que abra la caja en la que guardo el arma de mi abuelo.

La solución parece tan dulcemente fácil, el camino simple directo a la finalización de mi dolor. Tomo una sola bala, lo mínimo indispensable y sin embargo, tan suficiente. Arrastro mis pies intentando recordar algo, la última voluntad del muerto, pero nada se me ocurre.

Finalmente golpeo mi espalda contra la pared, me arrodillo, y el sabor a metal con aceite viejo inunda mi boca. Cierro los ojos, lágrimas que se escapaban intentando huir de mí antes que sea tarde.

El gatillo funciona perfectamente, llego a escuchar como el simple mecanismo interno se mueve. Hay un estruendo ensordecedor, pero nada ocurrió. Vuelvo a abrir los ojos y contemplo el arma humeante, sin querer me echo a reír y caigo en el piso. Me doy vuelta y miro al techo.

Al rato me seco las lágrimas de mi cara y puedo nuevamente volver a ver bien.

Frente a mí, la mancha de humedad. La odio. Aunque hoy está más colorida... Más... Roja.

Recuerdo unos meses atrás, cuando me sentía realmente mal y no pude ni siquiera salir en una semana de casa. Cuando el médico del trabajo me justifico las setenta y dos horas de ausencia por el estado en que me encontró, aunque no supo justificar el porqué.

Recuerdo haber buscado antes en el ropero recuerdos de algún tiempo mejor; pero la casualidad, el destino o un Dios vengativo de mi indiferencia y emancipación hizo que abra la caja en que guardaba el arma de mi abuelo.

La solución parecía tan dulcemente fácil, el camino simple directo a la finalización de mi dolor. Recuerdo haber tomado una sola bala, lo mínimo indispensable y sin embargo tan suficiente. Recuerdo haber estado arrodillado contra la pared y el sabor a metal con aceite viejo en mi boca. Recuerdo haber accionado el gatillo.

Recuerdo que ese día me suicide.

Vuelvo a guardar el arma en su caja y la coloco en el armario. Salgo a la calle oscura donde las luces de los faroles se niegan a iluminarme, mientras veo que el resto de los transeúntes reflejan sombras en el piso frío, extraños que pasan a mi lado sin pasar.

Ciencia

La puerta de la oficina se abre de un golpe. El encargado de guardapolvo blanco se acerca sonriendo hasta el escritorio, donde un hombre regordete y con una calvicie más que prominente lo mira fijo.

–“Finalmente lo hemos logrado”– Dice totalmente satisfecho el hombre de blanco.

–“Dios mío... ¿Están seguros?”– Logra balbucear detrás de su escritorio.

–“Cien por ciento, estamos a punto de hacer la primera prueba en este momento.”

Sus ojos se abrieron rápidamente, y brillaron como sólo pueden brillar los ojos de un niño la primera vez que entra a un circo.

Demasiados años de trabajo había detrás de ese escritorio y de toda la corporación. Todo había comenzado hacia un poco más de veinte años, cuando dos estudiantes de Física avanzada en una noche de brindis y festejos por haber aprobado una materia, comenzaron a fanfarronear sobre que cambiarían el mundo con sus descubrimientos, y comenzaron a gritar sus “futuros inventos”: El “translocator”, con el que irían de un sitio a otro del mundo con solo un botón, la antigravedad, el viaje en el tiempo...

La mañana siguiente, sus cabezas les pasaban la cuenta del tequila bebido, pero no había quedado sólo la resaca. Sabían que, sin querer, habían tomado el extremo de un ovillo, y éste podía ser muy largo.

El tiempo se mueve única y exclusivamente en una dirección; eso lo saben todos. Es completamente imposible que algo o alguien viaje en sentido contrario. Pero, después de todo ¿qué es imposible? Es una variable en función del tiempo. Hace poco más de cuarenta años, para muchos era imposible que el hombre llegara a la Luna.

Volviendo al tema, es verdad que el tiempo no puede volverse atrás. El tiempo en general, al menos. Muchas cosas pasan cada segundo y la energía necesaria para mover todo el universo hacia atrás... sería prácticamente incalculable. Ahora, un hecho puramente singular... bueno, las cosas pueden llegar a cambiar.

Esta fue la idea que quedo sembrada en la mente de estos dos estudiantes, y que a lo largo de los años fue germinando y desarrollándose, haciendo que se replantearan los conocimientos y los axiomas físicos del universo para poder llevar todo a una simple singularidad espaciotemporal.

Teóricamente era posible; llevarlo a la práctica ya era más complicado. Cada segundo, la tierra no sólo rota sino que se traslada, y el Sol la lleva además por la galaxia. La galaxia se mueve en su cúmulo y... El universo entero se mueve en un segundo. No es cuestión de retroceder, porque las cosas no estaban en el mismo lugar antes. Pero eso, al final, es trabajo matemático y, por ende, de las computadoras.

Una vez que la teoría estuvo armada, al menos en su base, venía el problema de qué espacio-temporal en toda la historia tenía la importancia, el peso necesario.

Es cierto que no se sabía el segundo exacto en que sucedió ningún acontecimiento, y que cuanto más se retrocediera en el tiempo, más incierto se ponía. Lo bueno de la teoría, era que a medida que se regulara la energía en el experimento, el tiempo iba más o menos rápido. Para decirlo burdamente, como una especie de acelerador/freno.

Otro riesgo era que no se podía enviar a ningún ser humano. Cualquier interferencia en la historia, por ínfima que pareciera, podría tener consecuencias indeseables. La ciencia ficción ya trató varias posibilidades, algunas con más teoría científica y otras con simple porquería Hollywoodence. En consecuencia, sea cual fuere

el espacio-tiempo elegido, se enviaría una sonda miniatura que sólo grabaría los hechos. La forma de la sonda es la de un insecto de la familia de los múscidos, de género díptero. O sea: Una mosca común y silvestre.

Por motivos científicos, se eligió el espacio-tiempo correspondiente al inicio de la vida en el planeta Tierra, calculado aproximadamente en tres mil quinientos millones de años, millón más, millón menos.

Este es el experimento que se está por producir.

La puerta se abre y el hombre de traje blanco camina con pasos largos. Atrás, el pequeño hombre lo sigue con dificultad.

–“Señores, el director está aquí para acompañarnos en este momento tan especial”– Todos le regalaron una sonrisa de bienvenida. Es un momento demasiado importante y todos esperan el fruto de años de trabajo.

–“Bueno, corran el acelerador de partículas nomás”– Grita el director con sus manos en los bolsillos, intentando ocultar el entusiasmo en su voz.

En los monitores se muestra un incremento de los niveles de energía. Los niveles se salen de los gráficos y, de repente, todo marca un solitario “cero”.

Se oyen las supercomputadoras trabajando al cien por ciento.

–“Viaje espacio-temporal. Ventana abierta con éxito, procesando información y búsqueda del objetivo”– Modula mecánicamente un operador.

Luego de unos segundos interminables, las computadoras de cálculo se detienen lentamente. Los niveles de energía en las pantallas vuelven a subir por encima de los gráficos para, a los pocos segundos, desaparecer nuevamente.

–“Experimento terminado.”

Nadie dice nada.

–“La sonda ha sido recuperada.”

Gritos de euforia llenan la sala.

–“Nobel, allá vamos”– Grita el director por encima de la muchedumbre
“Señores por favor calma, vamos a correr el video.”

Todos vuelven sonrientes a sus asientos. Al cabo de unos segundos alguien dice:

–“Video procesado, en pantalla.”

El enorme video que antes mostraba los gráficos de energía es reemplazado por estática. A los pocos segundos una imagen aparece para volver a la estática, ese proceso se repite unas veces más, cada vez con más frecuencia hasta que la imagen se hace nítida.

Se ve una roca de color oscuro, un poco de lo que parecería ser arena y agua... el elemento vital que fue el caldo de la vida.

Todos sonríen, algunos se abrazan y se felicitan.

En la pantalla la cámara tiembla y se producen algunos cortes en la imagen, todo el mundo se queda quieto mirando el monitor gigante.

Un objeto desciende a la izquierda de la toma, en la sala nadie se anima a decir nada. Finalmente el objeto aterriza y pasan unos segundos hasta que lo que parecería ser una puerta se abre.

–“Así que finalmente somos el fruto de una inseminación de una vida extraterrestre”– Dice con aire científico el director.

Un par de guardapolvos lo miran y afirman con la cabeza.

Una figura humanoide baja prácticamente corriendo del objeto. Los comentarios comienzan a surgir entre los científicos. La figura presenta las características humanas básicas, si bien parece de mayor estatura (análisis que será después mejor estudiado)

El humanoide se agacha. El silencio se apodera de la sala, todos los ojos están fijos en la pantalla en el momento exacto en que el ser... hace sus necesidades a la orilla del mar, se limpia bien y cuando está a punto de terminar otra figura le grita algo desde el vehículo. El primer humanoide termina su aseo, vuelve corriendo a la nave y esta despega tranquilamente. A los pocos segundos el video se corta y la estática vuelve a la pantalla.

Todos están con la boca abierta.

–“Adiós... Nobel”– Dice el director mientras intenta tragar saliva.

–“Eso... No ha sido muy científico”– Comenta el hombre de guardapolvo blanco.

El director carraspea, se acomoda la corbata y mira sus zapatos lustrados.

–“Cuando nació Jesucristo debe ser científicamente más importante. Muchas preguntas obtendrán su respuesta.”

–“Totalmente de acuerdo director, ese fue siempre nuestro objetivo.”

El director le sonríe patéticamente, se da media vuelta y cruza la puerta desde donde se le oye decir por lo bajo.

–“Nobel... Allá vamos.”

C.A.D.A.

En la puerta que esta frente a él, se lee claramente: “Centro de Análisis de Datos Astronómicos–Director”. Nunca había llegado tan cerca de la cúpula. Él, un pobre e insignificante empleado. Pero lo que tenía que decir era por demás importante.

Con gesto decidido abre la puerta.

–“Buenos días, Directora. Disculpe la molestia, pero tengo algo muy importante para decirle y necesitaba hacerlo de manera confidencial.”

La mujer lo mira unos segundos intentando comprender en la mirada del joven si se trata de una broma de mal gusto o que.

–“¿Su nombre Sr.?”

–“Ramírez, de cálculo lunar Directora.”

La mujer sin quitarle los ojos de encima aprieta un botón a su derecha.

–“¿Sr. Director? Esta el señor Ramírez de cálculo lunar para verlo.”

Pasaron unos segundo que parecieron años, y una voz ronca contesto con demasiado timbre metálico.

–“Hágalo pasar, Leticia.”

La mujer le sonríe fríamente, y le indica con un gesto de manos la puerta que está a su derecha, en la que simplemente se leía “Dr. Lucas Vicente–Director”

El hombre de guardapolvo entra con los ojos fijos en el suelo, cruzando los metros y kilómetros hacia esa puerta que es inalcanzable. Siente la mirada de Leticia en su nuca, pero no se atreve a mirarla.

La puerta se abre sin problemas, sin ruido, sin nada.

Enfrente, un gran escritorio de madera (seguramente cara y muy trabajada) con varios papeles sobre él. Detrás, un hombre que está entrando en la etapa de la calvicie avanzada, de contextura no mucho mas chica que el escritorio que lo precedía.

–“Dígame señor Ramírez ¿En qué puedo ayudarlo?”– Dice la voz ronca y pesada.

–“Si... Señor... Mire... Quería... Mostrarle... Unos datos que encontré...”– Sentía su voz temblar tanto o más que su cuerpo.

–“Ramírez, hágame un favor. Primero cierre la puerta y después tranquilícese, no quiero pasar toda la tarde intentando entender algo.”

Lentamente se para del asiento y se dirige hacia la puerta que se cierra sin ningún ruido, sin problemas, sin nada.

–“Bueno, señor Ramírez, lo escucho.”

Respira hondo, se tranquiliza lo más que puede y habla:

–“Señor Director, no quiero quitarle mucho tiempo así que voy a ir directamente al grano...”

–“Me alegro Ramírez”– Lo interrumpió delicadamente el Director.

–“Como ya sabe, estoy en el sector de análisis de datos lunares. Y he observado un patrón que me llama la atención.”

–“¿Y el grano es, Ramírez?”

–“Como bien sabe el director, los datos que analizo son de la sonda de electromagnetismo ecuatorial lunar, y cada cierto periodo he notado que una frecuencia electromagnética se va de la escala en el lado oscuro de la Luna... Director.”

–“¿Y... pudo determinar cada cuanto es ese periodo y que significa Ramírez?”–
La voz del director era cortante.

–“No sé qué significa exactamente, pero cada vez que la Luna apunta hacia la estrella Menkent, el sensor electromagnético está a punto de reventar señor.”

–“¿Menkent?”

–“En la constelación Centauro, una gigante roja que esta a cincuenta y cinco años luz de distancia.”

–“¿Cincuenta y cinco años eh? ¿Y qué opina Ramírez?”

–“Como sabe Director, la Luna no es de la misma composición que la Tierra. O sea que su procedencia es posible que sea externa. Creo que la Luna es en realidad un centro de control hacia la Tierra y que esas emisiones electromagnéticas son el informe de los datos... Señor”

Ya esta, ya dijo la locura más grande y esperaba que el Director lo echara a los gritos.

–“Ramírez... Ramírez. Por favor, piense en lo que dice. Sea razonable, que la Luna fue puesta por inteligencia extraterrestre para observar, como una especie de Gran Hermano planetario, es lo mas absurdo que escuche en muchos, mucho años. Dígame ¿Ha comentado esto con alguien más?”

–“No señor...”

–“Bien hecho, no quiero que se ponga en peligro por ideas... ‘Revolucionarias’ digamos.”

–“Pero, pero señor Director. Mire por favor las hojas que le traigo, cada vez que la Luna se alinea con Menkent, no sólo la escala electromagnética salta por encima de los sensores de la sonda, sino que se puede determinar un patrón en las señales. Además está el hecho de que la Luna se desarrollo en un ambiente externo. Y sin contar que siempre muestra a la Tierra la misma cara, deja el equipo transmisor siempre posicionado hacia el espacio exterior, y es imposible detectarlo desde la Tierra porque la misma Luna cubriría cualquier señal...”

–“Escúcheme pedazo de imbécil, cualquier chiquillo de primaria sabe que solo se ve una cara de la Luna”–La voz del Director estaba rayando en el grito y su cara se estaba poniendo moleestamente roja – “Sabemos de las emisiones de electromagnetismo hacia la constelación de Centauro desde la década del cincuenta, pero todavía no somos capaces de descifrar que es lo que están diciendo. Qué se cree ¿Que las misiones Apolo fueron meros jueguitos de hombres saltando en la Luna? Los lugares de alunizaje fueron detalladamente previstos, en cada uno de ellos se sabía que la profundidad no superaba los metros establecidos. Se encontraron dispositivos de... No sé, de medición. Pero tampoco sabemos cómo funcionan.”

La cara del hombre del guardapolvo era tan blanca como lo que llevaba puesto. El Director se sentó nuevamente, y tosiendo se relaja y arregla la corbata

–“Cada quinientas doce revoluciones, se envía una especie de paquete de... Información. Creemos que es enviado al lugar de back-up, donde yace la información

de la Tierra desde hace milenios. Ahora sabemos que la Luna es solo un gran instrumento de captura de información pero debe ser tan preciso, tan... vasto, que no alcanza. Así que cada quinientas doce revoluciones, envía su paquete de información.”

–“¿Envía? ¿Cómo? ¿A dónde?”

–“¿A dónde? A Marte, el maldito planeta está hecho de puro hierro, es como una maldita caja fuerte planetaria.”

–“Pero, pero... ¿Cómo?”

–“Ramírez... déjelo.”

–“¡Pero como dejarlo! Estamos en la puerta del mayor descubrimiento...”

–“Sabemos que es un hombre que vive para el trabajo, que no tiene ni pareja, ni perro. Ni siquiera un mísero pez. Pero seguro que estima a su madre y su hermana ¿No?”

–“Si, si... señor Director.”

–“Entonces déjelo Ramírez.”

–“Si... Si señor...”

Se levanta, no sabe como caminar fuera de ese lugar. Sus piernas le tiemblan y siente nauseas. La puerta se abre silenciosamente, y se cierra sin problemas, sin ruido, sin nada.

Pintura

La disposición es perfecta: A mi izquierda los colores, a mi derecha los pinceles, los lápices, crayones y lo que me venga a la mente. Frente a mí, el lienzo en blanco.

Así ha permanecido por las últimas tres semanas. Después de años de práctica, de búsquedas de perfeccionar el difícil arte de expresar el alma, un reflejo de nuestro ser en la muestra más pura del mismo.

Y el lienzo sigue en blanco.

Tan solo lo miro y las horas pasan y con ellas los días. Los colores se secan en la paleta que limpio y vuelvo a llenar cada día. Colores que al siguiente amanecer volveré a limpiar.

Hace dos días finalmente levante el pincel y lo acerqué a la tela pero faltando centímetros, milímetros detuve el movimiento de mi mano por notar que no sería el trazo perfecto.

La puerta de la habitación se abre lentamente. Es Leonor, la pobre mujer que ha aceptado las migajas que puedo darle tan solo para que traiga un poco de orden al lugar que habito. Generalmente no intercambiamos palabras y menos cuando estoy frente a un lienzo.

Pero noté su perplejidad, la extrañeza que le surgía de verme horas y horas enfrente a la blanca tela, tan solo mirándola, con todo el rostro inexpresivo.

Quizás hasta piense que es todo un juego para no tener que hablarle, pero no. Una vez que llegó, estaba sentado leyendo y tampoco lo dirigí palabra alguna. No por desprecio, sino porque el libro era tan endemoniadamente atrapante que todos mis sentidos estaban abocados a las maravillosas sensaciones de aquellos mundos fantásticos.

Al retirarse, lo hace como siempre, silenciosa. Ya volverá la próxima semana y veremos el progreso de la obra más grande que jamás he hecho: El punto de inflexión en mi carrera. La etapa de un expresionismo abstracto como nunca se vio.

Pero a la semana, cuando la puerta se abre, la situación es la misma. Y se repite la otra, y a la siguiente también. Un mes después, al entrar, ve en mi rostro la sonrisa del trabajo satisfecho.

–“Disculpe Sr., pero me alegro que vuelva a mostrarse vivo.”

–“Gracias Leonor... Supongo.”

–“¿Ya termino su obra maestra Sr.?”

–“Sí, finalmente. Es la... Es la obra más importante de mi carrera.”

Sus ojos se cierran más lentamente de lo acostumbrado y, ruborizándose un poco, se anima a preguntar:

–“Se que no soy una experta ni mucho menos ¿Pero porque dice que es la obra de su vida?”

–“Porque, simple y llanamente, logré poner mi alma en ella.”

Sus ojos volvieron a abrirse y noto la emoción en su voz:

–“¿Puedo verla?”

–“Pero, ¡Por supuesto!”

Tímidamente se acerca hasta que circunvala el atril y se queda frente al marco. La sonrisa de su rostro se desvanece lentamente, y toda su cara refleja la ignorancia, la incomprensión...

–“Sr... La tela sigue en blanco.”

–“Justamente, querida Leonor. Toda mi vida he corrido detrás de mis sueños, proyectos y ambiciones. Amé con locura, y deje todo por más de una mujer... Pero no concreté ninguno de mis sueños. Todos los proyectos quedaron en la nada o fracasaron. El amor... ¿Qué decir del amor? Una pompa de jabón que no está preparada para mi mundo. Vivo una vida en solitario porque jamás supe apreciar la compañía.

Esa es mi alma: Una nada infinita, un vacío eterno, un lienzo en blanco.”

Cuando vuelvo a mirar los ojos de Leonor, las lágrimas brotaban sin control. Ella, sin dejar de observar el cuadro, susurra:

–“Es... hermosa.”

–“Gracias...”

Sobre el estar, reposa la obra maestra de mi carrera: una tela en blanco. Con la incertidumbre del futuro y un remolino de sueños incumplidos bajo la alfombra.

Todos los días me siento a contemplarla, con una copa de jerez en mi mano.

Jamás volví a pintar.

Hay que retirarse en la gloria.

Pregunta

Iba caminando por la calle distraídamente, debo admitirlo, con la música en los auriculares no muy fuerte, pero definitivamente llenándome.

La música tiene esa particularidad de poder cambiar los días y hacerlos más alegres... O definitivamente hundirlos.

Esta vez era la segunda opción. La canción era triste: Ella llegaba a la casa de su pareja, miraba los platos que estaban en el fregadero, la ropa tirada sobre la cama impregnada con el olor de él, una nota diciéndole cuanto lo quería y una letra que no era la suya.

Los ojos se me nublaron con sus palabras de dolor. Pude sentir el desgarramiento en el alma de alguien que se soñaba princesa, y el reflejo del espejo que le devolvía otra cosa.

Hasta el sol dejó de iluminarme en ese momento, y quizás fue eso, o todo, o nada. Solo llegué a escuchar el ruido del auto al frenar.

Puedo sentir el pasto bajo mi mano pero sin embargo no puedo verlo. Y el olor a tierra húmeda que siempre me gusta, aunque el pasto se siente seco.

No estaba oscuro, pero sin embargo no podía ver nada. No era un problema de luz; no tenía problemas para ver mis manos, por ejemplo. Era como si, simplemente, no hubiera nada para mirar.

–“Perdón por hacerte esperar.”

La voz, dulce y segura a la vez, provenía de mis espaldas. Al voltear, me encuentro a una mujer de cabellos negros como el azabache que me mira fijamente. No sonrío, pero por algún motivo transmite una sensación de tranquilidad.

–“Está bien. No sabía que te tenía que esperar, así que no sentí que estaba esperando.”

–“El tiempo es un poco diferente aquí. Sólo intentaba que empecemos de una manera tranquila.”

–“Ahá... Y, digamos, ¿Se supone que tengo que saber quién sos?”

Una ligera mueca se forma en sus labios carnosos, y una chispa que bien puede ser placer o maldad, brilla en sus ojos.

–“Sabés quién soy, que no quieras admitirlo es otra cosa.”

–“Bueno, siempre imaginé a alguien con tu aspecto como la...”–Mis ojos quedaron mirando la nada, y la frase quedo ahogada en una línea de pensamientos. Note por el rabillo del ojo que sonreía satisfecha– “... La muerte.”

–“Exacto. Eso nos va a ahorrar mucho palabrerío.”

Es sorprendente como se toma uno las situaciones a veces, y las preguntas idiotas que se pueden llegar a formular.

–“¿Y que se supone que pasa ahora?”

–“Nada en realidad, tendrás el destino que crees te mereces.”

–“¿Y es así de simple?– La verdad lo pregunte con una ingenuidad total.

–“El alma de cada hombre sabe el castigo que se merece. Los que creen en El Cielo, El Valhala, El Infierno, la nada... En el centro de tu alma sabés lo que te merecés, y eso tendrás. Pero antes...”

–“¿Qué?”

–“Suelo otorgar a aquellos que adivinan mi nombre sin necesidad de que se los diga, la posibilidad de hacer una pregunta y, si no sé la respuesta, tendrás... Un premio.”

Ser desafiado intelectualmente por la muerte no es algo que suceda todos los días ¿Qué se le puede preguntar a un ente atemporal? ¿Qué clase de conocimiento no puede albergar en toda su sabiduría? Entendí rápidamente que cualquier salida estaba cerrada antes de, siquiera, intentar tocar el picaporte.

–“Tengo mi pregunta.”

Por lo tanto me decidí simplemente a preguntar algo que siempre quise saber y, al menos, no llegaría a mi destino final –Sea cual fuere– sin saberlo.

Sus ojos se posaron sobre los míos. No demostraban nada. Ella sabía que tenía la partida arreglada de antemano.

–“Me gustaría saber qué es el amor. Desperdiicé mi vida corriendo siempre detrás de algo que jamás tuve, porque en cuanto lo conseguía sentía una soga atada al cuello, y el llamado de otros lugares me invadía. Nunca supe de verdad que era... El amor.”

Sus ojos siguen fijos, pero se abrieron por completo.

–“...”

Es irónico el universo. Después de milenios, la única pregunta sincera y sin intenciones de ganarle a la muerte, sino tan solo de satisfacer un vacío interno del alma, dio en el clavo.

La mueca de incertidumbre se transformo en una de placer.

El doctor levanto la vista de su anotador, mirando hacia la mesa ratona que estaba entre nosotros dos.

–“Entonces ¿Ella le otorgó el premio? ¿Qué era?”

–“Fue una tarea: Debo encontrar la respuesta a mi pregunta.”– Abrió la boca pero no dijo nada, me miró a los ojos buscando la manera de articular sus pensamientos –“No es cuestión de sacar la definición de un diccionario: Debo hallar una respuesta que satisfaga mi alma.”

–“¿Y qué piensa hacer a continuación?”

–“... No lo sé, cada vez me siento más lejos de la vida y sé que nunca podré hallar la respuesta. Sólo quiero poder volver a mirarla a los ojos y pedirle mi final, aunque sea en el mismo infierno. Pero la paradoja del asunto es que no puedo morir hasta no tener la respuesta.”

–“Esto es... Más que interesante... Realmente, creo que uno puede pasar toda su carrera profesional y no encontrarse jamás con una historia como esta.”

–“Sé que es difícil de creer...”

–“No se preocupe. Algo superior a nosotros me dice que puedo confiar en lo que me acaba de decir.”– Mira su reloj –“Lamentablemente tengo que ver a otras personas ahora.”

–“No se preocupe, lo entiendo.”

Se levanta de su sillón y me sonrío dulcemente, casi con lástima. Sale tranquilamente de la habitación. Dos hombres corpulentos entran al instante. Me toman de los brazos y me arrastran hasta mi cuarto, me esposan a la cama y me inyectan un calmante veloz.

De mis ojos, un hilo de lágrimas se escapa. Estoy cansado, terriblemente cansado, angustiado y muerto, sabiendo que me queda una eternidad vacía por vivir.

Ayuda

Carlos estaba acostado en su cama. Intentaba leer un pequeño libro altamente insoportable. Se lo había recomendado un amigo. Un amigo al que quería mucho... Pero que estaba por pasar a la lista negra en cualquier momento. ¿A quién se le ocurre una historia donde la gente llega a un planeta y unas moscas hacen que queden todos descerebrados? Pagaría una buena fortuna para conseguir una de esas moscas y enviársela al autor.

Solo tenía prendida la luz del velador. Era lo único que necesitaba. Quizás fue por eso que se sobresalto tanto cuando alguien golpeó la puerta. Quizás era porque los golpes eran demasiado fuertes. Quizás era por los gritos de la mujer.

Se acerco lentamente hacia la puerta. Más lentamente acerco su ojo a la mirilla. La mujer, en realidad una joven, se dio cuenta que algo se había movido dentro del departamento.

Eso solo contribuyó a su desesperación.

–“¡Por favor! ¡Déjeme entrar! ¡Me están persiguiendo!”

–“¿Qui-i-i-én?”

–“¿Y cómo mierda se supone que voy a saberlo? ¡Por lo que más quiera, ayúdeme!”

Su mano se movió sin que su cerebro se lo indicara. Estaba concentrado, poniendo en la balanza dejar entrar a una completa extraña. Si bien parecía estar en peligro real, eran tiempos difíciles.

Apenas se escucho el chasquido de la cerradura, la mujer abrió la puerta y en un segundo ya estaba corriendo el pestillo nuevamente. Aún asustada, corrió hacia el interior del departamento. Carlos la siguió. Más que nada por instinto, más por una empatía por el miedo que por otra cosa.

La mujer cayó al piso en la puerta de la cocina, frente al pasillo central del departamento. Desde allí, se veía perfectamente la puerta de calle al final del pasillo.

Carlos se sentó a su lado. Podía escuchar la respiración de la mujer.

–“¿Qui-qui-qui-én la sigue?”

–“Le dije que no lo sé. Pero creo que es el loco ese del correo.”

Carlos se quedo un rato pensando. Sí, había escuchado la historia hacía poco: La persona está en su casa, haciendo las cosas... Que hace normalmente en su casa. De repente, encuentra un sobre bajo la puerta. El sobre tiene alguna especie de sedante, no recordaba si era por medio del tacto o del olfato, según decía el periódico... Pero la persona caía totalmente en sueños. El golpe seco era el aviso para el asesino. Los cuerpos estaban prácticamente irreconocibles. Lo peor del caso, es que nunca se encontró el cuerpo completo de ninguna víctima. La policía dijo que se llevaba demasiado del cadáver como para considerarlo un “souvenir”. Los medios ya estaban empezando a hablar de canibalismo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una sombra que se reflejo por debajo de la puerta. Definitivamente había alguien en el pasillo. La mujer disminuyó su respiración hasta casi dejar de inhalar. Sin darse cuenta, Carlos hizo lo mismo. La figura se detuvo delante de la puerta.

Los segundos duraban horas. Se escuchó un ruido de zapatos y tela. La sombra se agrandó. La mujer tuvo que taparse la boca cuando vio un sobre blanco volar por debajo de la ranura.

La figura se quedó unos segundos más y después desapareció.

Ninguno se atrevió a moverse.

Carlos, más por desear que la tensión termine se levantó. Ella lo siguió con ojos llenos de pánico que fue transformándose en terror cuando Carlos comenzó a recorrer el pasillo.

Se paró frente al sobre y la miró. Ella sólo logró hacer un leve movimiento negativo, pero fue tan sutil que Carlos no lo vio. O no tenía la capacidad de hacerlo. Lentamente se agachó y tomó el sobre entre sus manos. Su rostro era extraño, como si no pudiera entender lo que estaba escrito. En cuanto estuvo de pie, nuevamente sus ojos estaban en blanco. Su cuerpo perdió el equilibrio y cayó como un saco.

La mujer grito de miedo. Demasiado tarde comprendió su error. No llegó a ahogar su voz a tiempo con las manos. Vio como la sombra aparecía nuevamente en el pasillo y se acercaba cautelosa.

Sin poder quedarse quieta por más tiempo, corrió por la casa buscando una salida. Una escalera de emergencia, algo. No quería prender las luces, las del exterior eran suficientes. Corrió de una habitación a la siguiente. Era un laberinto. Jamás imaginó que el departamento fuera tan grande. Tropezó con una silla y cayó de cara sobre un escritorio, volcando todo lo que estaba sobre él. Sabía que el ruido había sido demasiado. Eso la puso en un estado de tensión que no le permitió moverse.

Se arrastró hasta el rincón más cercano.

Escuchó unos golpes en la puerta. Secos. Monótonos. Quizás el extraño estaba testeando si la persona estaba sola en la casa o si ya había caído presa del sedante. Pensó que si gritaba, el asesino se iría. No era su forma de operar si había alguien consciente en el lugar.

Se paró con dificultad y busco la puerta. A tientas y chocándose con las paredes, intento llegar al pasillo. El hombro izquierdo le dolía por el golpe aún. Vio la luz del pasillo en la próxima puerta. Escuchó nuevamente los golpes en la puerta de entrada.

—“¡Carlos! ¿Se encuentra usted bien? Se escucho un golpe muy fuerte. ¿Carlos? ¿Está ahí? ¡Soy Juan, el portero! ¿Está bien?”

La mujer se quedó escuchando sin entender. Quiso gritar pero no pudo. No por el miedo, ni siquiera por el terror que tensaba cada músculo de su cuerpo. Sino simplemente porque no podía. Su voz no le respondía. Notó que tenía algo pegado en las manos. Casi dejo de respirar cuando observo que eran sobres. Y tenía más pegados en la ropa. El escritorio donde se había caído. Estaba lleno de ellos.

—“Juan, no se preocupe. Estoy bien, resbalé con el sobre que me pasó por debajo de la puerta.”

—“Perdóneme Carlos. Son las expensas. Es que hoy fui a hacer unos trámites al banco y no pude pasarlas. No me gusta sacarles días. Por eso las estoy entregando a estas horas.”

—“No se preocupe Juan. No paso nada. Vaya a descansar tranquilo.”

Después de unos segundos de dudar vio la sombra de Juan alejarse de la puerta. Espero uno rato y se paró en el pasillo mirando hacia las puertas de su casa.

—“Y ahora pequeña puta. Veamos donde estas.”

Ella escuchó sus palabras pero nada pudo hacer. Ya no podía moverse. En un segundo recordó todo lo que había leído sobre el asesino en los diarios. Pero tarde cayó en la cuenta de que los periodistas estaban equivocados.

No llegó a descifrarlo todavía cuando lo vio acercarse con el cuchillo en la mano.

Recién comprendió cuando vio al hombre que creía la había ayudado, sonreír como un loco, arrodillado frente a sus ojos. Con el cuchillo en la mano y un hilo de baba cayendo de su boca.

No desvanecía a sus víctimas, solo las inmovilizaba.

Legado

Esta historia comienza de manera diferente. El final será el comienzo, pues los tiempos apremian y la historia del pueblo debe permanecer.

El enemigo ha bloqueado todas las salidas posibles. A decir verdad, las únicas dos. La fortaleza en la que nos encontramos fue construida con el fin de resistir, y es por ello que está entre las montañas de esta cordillera.

Mi nombre es Pioy, soy el escriba de su majestad Kjie, la princesa-guerrera.

El último capítulo del pueblo de Ftuy comienza hace cinco lunas, cuando una nube de polvo oscureció los cielos del norte. Un ejército tan innumerable que llegaba al horizonte, y la tierra misma marchaba a su paso.

La invasión había comenzado.

No hubo amenazas ni peticiones. Degollaron salvajemente a los enviados de la reina y se limitaron a esperar. Analizaban la fortaleza pero sin atacar. Al menos por un tiempo.

Su majestad, Kjie, organizó la defensa en persona y demostró su valentía en la primera luna, cuando el enemigo intentó atacar los muros externos. Fueron fácilmente aplastados, con simples aceites y fuego. El pueblo se tranquilizó detrás de los muros, pues sintió una victoria fácil y sencilla. Kjie sabía que no sería así.

La siguiente noche la muerte cruzó los muros. Lluvias de flechas envenenadas sisearon los cielos nocturnos durante horas, diezmado nuestra infantería.

Varias noches consecutivas duró su ataque. Y solo cuando la pálida Luna asomaba por el este, despertaba la muerte; y al desaparecer el último hilo de plata en el oeste, tan misteriosamente como el ataque había comenzado, cesaba.

El corazón de los hombres nobles de Ftuy se llenó de terror ante la oscuridad de los invasores que esperaban el momento más allá de los altos muros.

Se ideó un plan. Vhok, mano derecha de su majestad en las batallas y Rey de su corazón, saldría por el camino del oeste, cruzando la cordillera hacia el sur. Hacia el pueblo de Wzex, a dos lunas de distancia. Juntos los ejércitos de Ftuy y Wzex podrían librar una batalla justa.

Pero Vhok no regresó. Ningún ejército vino en ayuda y mi señora Kjie se hundió en las tinieblas ante la pérdida.

Sabíamos que era el fin.

A la siguiente luna, una luz destello en las murallas. Su majestad Kjie en persona, con la armadura de plata de Luna, volvía a comandar la defensa. Jamás se la vio tan decidida: Su voz parecía contagiar de ánimo guerrero a todo aquel que la escuchara.

Y la esperanza en Ftuy renació.

En el renacimiento de la última Luna, la balanza se puso de nuestro lado. Contra todo pronóstico, un ejército emergió del oeste. Los invasores del norte retrocedieron ante el milagro, pero no atacaron. Siguieron esperando, pacientemente.

El ejército del oeste comandado por Vhok se acercaba a las murallas. Justo entre el enemigo y la fortaleza. Como una lanza de luz.

Las rampas se abrieron. Pero sólo Vhok pasó a través de ellas. Los jinetes se ubicaron al pie de la muralla, enfrentando al enemigo.

Vhok cabalgó sin interrupciones hasta la presencia de su amada y reina, su majestad Kjie, la princesa-guerrera. Los que presenciamos el encuentro jamás lo olvidaremos.

Los ojos de Su Majestad irradiaban lo que su alma sentía. Hasta el último momento, cuando la daga de Vhok se clavó en su cuerpo y el traidor intentó huir por la ventana.

La herida no fue mortal y su majestad fue llevada ante los médicos supremos, bajo la gran montaña.

Vhok logró escapar. Aquellos que lo vieron contaron que su rostro era la cara misma del terror y el dolor. Saltó desde la cima de la gran muralla hacia el vacío exterior. Ignora este cansado cuerpo los motivos y el destino del que fue una vez un gran hombre y guerrero para el pueblo de Ftuy.

La herida sanó rápidamente, pero no así su majestad, quien manifestó en sus últimas palabras: “La traición no se perdona, se paga con la vida del traidor; pero si se traiciona el amor, ya no hay vida posible”.

Los médicos supremos nada pudieron hacer contra la voluntad de su majestad, Kjie, la princesa-guerrera.

Así es como la luz del pueblo de Ftuy se apagó bajo las entrañas de la gran montaña. Y con ella la esperanza de todo un pueblo.

Las leyes de Ftuy demandaban un apoderado hasta el surgimiento de su próxima Majestad. Día que jamás llegaría para nuestro pueblo.

El enemigo del norte, ahora reforzado por nuestros propios hombres, permaneció inmóvil, dejando que el dolor nos debilitara. Esperando pacientemente hasta la hora precisa.

Tarde nos dimos cuenta del trágico destino que nos deparaba. Los invasores no pensaban gastar ni siquiera un puñado de sus hombres.

Desviaron el río Ght para que su cauce se encontrara directamente contra la gran muralla de nuestra ciudad.

Usaron nuestra mayor defensa como arma.

El terreno en desnivel permitió que la muralla actuara como dique, conteniendo el agua.

El enemigo seguía esperando más allá. Sus planes eran claros y tarde los habíamos comprendido.

Finalmente el agua rebasó la defensa exterior. La ciudad se inundó lentamente. Aquellos que intentaban escapar eran acribillados con flechas envenenadas. Los que permanecían, morían ahogados.

Pronto renacerá nuevamente la Luna del este y con ella, el último hilo de vida del pueblo de Ftuy. No sé cuántas vidas quedan detrás de las murallas o si soy el único sobreviviente de lo que fue alguna vez, una próspera civilización.

La oscuridad del cielo deja entrever la próxima luz mortecina que nacerá y con ella moriré.

Puedo sentir el suelo temblar como hace cinco lunas, cada vez más y más fuerte. Dios mío. Ahí vienen.

C.E.M.

La nave de Conocimiento Espacial Múltiple (o como se la llamó habitualmente por sus siglas, C.E.M.) había sido construida para investigar el espacio profundo, denominación usada para objetos extra galácticos.

El desarrollo de semejante máquina fue gracias a las innovadoras teorías del Doctor Jackson, en las que proponía no un universo plano ni esférico, ni siquiera parabólico (como las tres posibles teorías admitidas hasta esa fecha) sino un universo sinusoidal. Lo único que tenía que hacer la nave, era un recorrido en línea recta (en comparación con el universo), obteniéndose lo que se llamo “saltos cuánticos”: Algo así, por decirlo mal y pronto, como continuos saltos al hiperespacio, pequeños pero consecutivos.

El único problema radicaba en la ventaja de la teoría: El universo era senoide, pero no era constantemente senoide; por lo tanto, eran saltos a ciegas a través del cosmos. Nunca se sabía donde se iba a caer... O peor, dentro de qué se iba a caer.

El vuelo de prueba a Alfa Centauro fue un éxito: Se recorrió la distancia de 4.2 años luz en tan solo diez meses, y se estudió detenidamente el sistema triple: Próxima Centauri (espectro M: rojo), alfa Cen A (espectro G: blanco-amarillo) y alfa Cen B (espectro K: anaranjado-rojo). Grandes volúmenes de datos, que serán analizados por futuros estudiantes durante décadas y décadas.

El primer vuelo oficial de la misión fue con destino al objeto M31 (llamado así por el catálogo de Messier), más conocido como La Galaxia de Andrómeda; situada a 2.2 millones de años luz.

Jamás se volvió a saber de la nave.

El principal problema radicó en que la nave podía estar en cualquier parte. Además, también estaba el problema de la imposibilidad de comunicación: Las ondas de radio no pueden superar la velocidad de la luz.

En realidad, C.E.M. había efectuado el viaje hacia M31. Había viajado al menos el tiempo que se había estimado para el viaje. Durante ese período, se recorrieron en realidad unos 15 mil millones de años luz; llegando así, hasta los límites del universo conocido.

–“Eh... Capitán.”

–“Dígame Teniente”– La voz seca el Capitán se escucha por encima del ruido de las máquinas.

–“Tiene que ver esto: No hay una sola estrella hacia el sector Zf-33”

–“¿Que tiene de extraño eso? Se sabe que el espacio está casi completamente compuesto de vacío.”

–“Es que tampoco es vacío Capitán... Es... Como una pared.”

–“Repita Teniente.”

–“Una pared... Oscura... Interminable hacia donde se la mire.”

Silencio. Los científicos de la nave se juntaron durante casi una semana, analizando datos de telemetría y radar. Al sexto día entregan el informe al Capitán.

–“¿Así que creen que esto es lo que debemos hacer?”

–“Correcto Capitán. Modificando la sonda FX-5, añadiéndole termostatos de iridio, cámaras triplex y el nuevo sistema flickr, si bien no está operando al 100%, creemos que nos dará una lectura más que aceptable.”

–“Muy bien doctor, se hará lo que desea. No llegamos hasta acá por nada.”

La sonda fue preparada en menos de 48hs. Todas las expectativas y tareas de la nave estaban dedicadas de una u otra manera al trabajo de construcción. Finalmente el día designado llegó.

Las jornadas se detuvieron: Los turnos que debían estar durmiendo o en reposo asistieron al evento. En total se contabilizaban 300.000 espectadores.

El brazo mecánico extiende la sonda hasta una distancia segura para ignición de propulsores. Un pequeño conteo según las normas, y el motor irradia silencioso en el espacio.

El pequeño punto blanco contrasta contra la negrura inmaculada de su destino. Los telémetros marcan las distancias... 2.000... 5.000... 8.000 kilómetros, segundo a segundo la tensión aumenta. Hasta que se llega a la distancia marcada: 20.000 kilómetros.

La sonda comienza a enviar datos con un caudal sorprendente y, de un segundo a otro, se detiene.

Una luz blanca comienza a crecer donde la pequeña sonda estaba. Su brillo aumenta hasta hacerla prácticamente enceguecedora, cubriendo la totalidad del firmamento.

Y todo fue luz.

En un universo condicional, el cual contenía en su totalidad al previamente descrito, se oyeron las siguientes palabras como producto de este acontecimiento

–“¡Juanita! ¡Estos globos de porquería que se revientan, che! Que susto que me dio el mal nacido.”

Mensaje

La habitación estaba en completa calma. Las dieciséis cabezas de las dieciséis personas estaban concentradas en diversas tareas, divididas en grupos para perfeccionar los temas asignados.

En el centro del lugar, casi imperceptiblemente, comenzó a condensarse aire. Un punto microscópico se hizo luz. Todos los ojos miraban atónitos el efecto. Algunas bocas estaban cerradas. Otras, perdidas a su suerte, colgaban abiertas.

No se oía ni una palabra.

El punto luminoso fue creciendo hasta tocar el piso, en ese momento estallo sin explosión. Tan solo la luz alcanzó todos los rincones del lugar y por un instante las sombras perecieron.

Dos criaturas estaban paradas en el centro de la habitación. Eran pequeñas en comparación con cualquier adulto. Todo su aspecto era pequeño, salvo la enorme desproporción que sus cabezas tenían con el resto del cuerpo. Su diámetro era incluso mayor que la distancia entre sus hombros.

Los recién llegados miraron unos segundos al resto (y viceversa). Por fin, la criatura más baja (la que estaba situada a la izquierda mirándolas de frente) codeó a su compañero, éste asintió nerviosamente y dio un paso al frente.

–“Saludos terrícolas.”– Dicho esto, sonrió torpemente. La torpeza fue incrementando por el hecho que no dejaba de hacerlo.

–“¡Qwer!”– Le gritó por lo bajo su compañero haciendo que el pobre locutor dieran un salto.

–“¿Qué?”

–“¡Ya! Que los pones nerviosos y para serte franco, a mi también.”

Qwer tosió nerviosamente y prosiguió

–“Saludos terrícolas. Venimos a darles un mensaje muy importante. A decir verdad, importantísimo ¡Eso! Sí, bueno ¿Cómo decirlo para no quedar como un Tjoi sin sentimientos? Veamos”– Rasca la parte posterior de su enorme cabeza –“Terrícolas, una plaga de Hnbfda se acerca a su planeta.”

Silencio.

–“Nauj, creo que no entienden.”– Le dice desilusionado, Qwer, a su compañero –“No comprendo. Estudiamos bien el idioma y las expresiones; incluso nos hicimos arrancar dos de nuestras lenguas para pronunciar bien las “r”.”

–“¡Por el amor de Axial, Qwer! ¿Cómo pretendes que estos seres sepan lo que son los Hnbfdas?”

–“Buen punto...”

Qwer Medita un segundo en silencio.

Levanta la enorme masa encefálica gris y prosigue.

–“Terrícolas, unos seres que viajan a través del espacio en vulvas, siguiendo una migración estelar, van a caer por accidente en su planeta. En realidad es accidente porque corrimos su sistema solar hace algunos milenios al construir unos centros nocturnos para adultos. Creo que ustedes se empecinan en llamarlos “Nubes de Magallanes”... Aunque no entendemos los motivos y menos el Sr. Priol, fundador de

los centros nocturnos, excelente persona y amigo mío, vale aclarar. Es mas jeje, la otra noche estábamos tomando un Ghjk cuando...”

–“Qwer...”

–“¿Eh? ¡Ah, sí! Terrícolas...”– Levanta los ojos rememorando el discurso –“... Migración... Ya. Estos seres sólo se preocupan por alimentarse y, créanme, comen lo que sea. Por eso venimos desde muy lejos para advertirles. Tomen las precauciones necesarias o perecerán.”

–“Transmitir el mensaje sin infundir el pánico. Transmitir el mensaje sin infundir el pánico. ¡Axial Qwer! Sólo teníamos una premisa: “transmitir el mensaje sin infundir el pánico” o sea ¿Qué parte no comprendiste?”

–“¡Ya! ¿No? Vamos Nauj, estos seres deben sobrevivir, lo sabes bien. Son ellos los que dentro de dos décadas descubrirán las propiedades sinusoidales del universo, comenzarán los viajes intergalácticos y nos proveerán de esa piedra blanda, marrón y peluda por fuera y verde y jugosa por dentro.”

–“Uhhhhhh, si. Moriría por un Ghjk ahora...”

Después de unos segundos de trance, se miran ambos seres con los ojos extremadamente abiertos.

–“Supongamos Nauj que aquí nadie dijo nada de más ¿Si?”

–“Qwer, el brazalete que tenés puesto es un grabador. Lo sabías ¿No?”

La criatura mira con terror su mano y comienza a saltar como si algo le hubiese quemado la piel, gritando y pataleando. Finalmente la pieza metálica cae al piso. El ser salta ágilmente sobre ella y la pisa reiteradamente hasta que queda destruida.

–“¿Feliz?”– Pregunta calmamente Nauj.

–“La verdad que si.”

–“Maravilloso, porque acabas de romper tu anillo. El brazalete es eso que tienes en tu muñeca. Dime algo, por casualidad ¿Alguien bromeo con tus tubos de genes?”

–“El que bromeo fue el que te saco antes de la incubadora y te dejo bajito.”

–“Qwer... Eres un idiota”

–“Igual que tu brazo.”

Una luz repentina invade la habitación. Cuando desaparece se lleva consigo a las dos criaturas.

A los pocos segundos, la puerta de la habitación se abre, y una hermosa muchacha pregunta:

–“Bueno, a ver: ¿Cómo se portaron mis pimpollos?”

Muchos de los niños gritan de alegría al verla. Otros, aún no comprenden lo que acaban de vivir... Pero no les queda en la mente por mucho tiempo. Nada a la edad de cuatro años queda permanentemente en la memoria.

Millones de años luz a la distancia, se escucha a Qwer decir:

–“Por Axial, espero que nos hayan entendido. Mi desayuno depende de eso...”

Elección

Mis ojos se abrieron con la pesadumbre de la mañana. El sol me daba directamente en los ojos

–“¡Amor! ¿Por qué abriste las cortinas?”

–“Perdón señor, el nivel de luminiscencia será graduado para su comodidad al instante.”

La voz era suave, pero monótona. De todas formas tardé unos segundos en que me llamara la atención. Cuando logré abrir finalmente los ojos, una máscara metálica a pocos centímetros de mi cara me “miraba” fijamente.

Pegué un grito (admito que quizás demasiado agudo y alejado de lo varonil) pero al levantarme tan rápidamente no vi que el espacio donde estaba recostado era pequeño, y mi cabeza golpeo fuertemente contra un muro. Dolió mucho.

–“¿Se encuentra usted bien?”– La misma voz monótona pero servicial de antes.

–“Sí, sí... Gracias”– Mentí

–“En cuanto se sienta mejor, avíseme, y dispondremos para usted los servicios pre solicitados.”

–“¿De qué está hablando?”

En cuanto terminé de decir eso, me di cuenta que le estaba hablando a un robot de forma humanoide. Sin embargo, creo que me generó más dudas pensar si tenía que tratarlo de “usted” o como un objeto que el hecho de que era un robot.

–“Es normal que se sienta desorientado. Ahora lo llevaré a la sala de recreación.”

Las piernas me tiemblan, pero el fuerte brazo del androide me sirve de sostén. En el breve lapso del traslado observo todo con asombro.

–“¿En qué año estamos?”

–“Dos mil seis, Señor.”

–“No puede ser...”

–“Esa es la fecha de la cual acaba de despertar, fue preseleccionada por usted mismo Señor.”

–“No, no me refiero a esa fecha que ya la sé... Sino a la fecha real, a la de ahora.”

–“Eso sería entonces el año quince mil novecientos treinta y dos señor, de acuerdo a la antigua costumbre de contabilizarlo a partir de un hecho no determinado e incorrecto como el nacimiento de un profeta religioso.”

Wau... El futuro. Estoy en el futuro: El sueño de todo nerd fanático de la ciencia ficción. Sin dejar de mirar todo lo que me rodea, no puedo evitar sonreír y tomar notas mentales:

- a) Es tan metálico como se pensaba
- b) Hay robots, pero no son tan humanos como se pensaba (al menos éste)
- c) No hay teletransportadores (¿o no estarán disponibles?)
- d) No hay razones para pensar que hicimos contacto con otros planetas, porque no vi ningún extraterrestre...

Ahora que lo pienso, aún no vi a nadie, ni siquiera sé si estoy en la Tierra.

–“¿Dónde estamos?”

–“En el área B-38 Señor.”

–“No, me refiero a si estamos en la Tierra.”

–“No. Nos encontramos en Gamma Óptimus, un planeta artificial. La Tierra es hoy en día un lugar sin vida, muy parecido al concepto que usted debe tener sobre las cloacas. Llegamos Señor.”

La puerta se abre sin producir sonido alguno. La habitación es color bordó, y hay en el centro un sillón que no se ve realmente muy cómodo. El androide me lleva y me ayuda a acomodarme. Él se queda parado a mi lado.

Una voz, que parece venir de todos lados, dice:

–“Bienvenido al programa de selección. A continuación le haremos unas breves preguntas para que usted, rápidamente, pueda disfrutar nuevamente de su elección preferida. ¿A qué género desea pertenecer?”

Después de unos segundos escucho una voz a mi lado

–“Tiene que responder señor” –Era el androide.

–“¿Responder qué?”

–“Si desea ser hombre o mujer.”

–“Pero... Soy hombre” – Instintivamente llevo mi mano para asegurarme que todo esté en su lugar y respiro aliviado al comprobarlo.

–“Usted a elegido “Hombre”.” – La voz retumba en todo el lugar – “¿Qué raza prefiere? Recuerde que tiene la posibilidad de la improbabilidad, donde aleatoriamente se le asignará una.”

–“¿De qué está hablando?”

Al unísono, la voz de la habitación y el androide me responden

–“Este es el programa de selección de personalidad, donde mediante preguntas simples usted podrá seleccionar su propia vida virtual. ¿Desea ser un pirata? ¿O quizás un conde? Todo es posible, sólo debe seleccionarlo y dedicarse a vivir su propia vida.”

–“Pero yo no quiero volver a la cosa de dormir, yo quiero ver el futuro. Quiero recorrer el mundo o lo que sea esto.”

–“Selección no computable, por favor, vuelva a intentar” – Dijo la voz de la habitación.

–“¡Que no quiero irme a la cuna! Quiero ver las cosas que hay acá.”

–“Eso es imposible señor” – Esta vez fue el androide el que hablo – “Todos los seres de esta unidad están en las cápsulas. Ha sido así por miles de años.”

–“¿Cuales de las seis palabras no están en tu sistema?”

–“Disculpe si no le entiendo Señor.”

–“NO-QUIERO-IRME-A-LA-CUNA” – Digo remarcando con mis dedos cada una de las palabras – “¿Cuál no entendés?”

Un silbido agudo me lastima los oídos, intento tapármelos pero no logro moverme.

–“Selección de improbabilidad activada.”

¡Que no! Quiero gritar, pero mi cuerpo no me responde. Sólo puedo ver como una especie de imagen de televisión hace “zapping” rápidamente. Me estoy esforzando tanto en gritar que no veo donde se detiene.

El androide me sube a una camilla y me lleva de regreso por el mismo camino. En todo ese tiempo yo sigo intentando gritar, pedir auxilio, algo.

Finalmente todo queda sumergido en la oscuridad.

Mis ojos se abren lentamente. El sol me da directamente en los ojos. Una mano, que esta agarrada a la mía me hace una caricia.

–“Al fin nos despertamos ¿No?”

Me lleva un tiempo entender todo, cuando logro sacar el sol de mis ojos, observo ante mí el mar más hermoso que jamás vi. De verdes aguas y olas tranquilas. Bajo mis pies la arena más blanca y junto a mí, el hombre que me habla.

Pego un salto alejándome de él.

–“¿Qué pasa mi amor?”– Me dice con una voz que supongo intenta ser tierna o dulce.

No-no-no-no-no. Incluso antes de comprobarlo, lo sé. Lentamente bajo la vista y miro mi cuerpo. Frente a mí encuentro un par de tetas enormes, agarradas por una diminuta bikini.

–“¡Dios! ¡Tengo tetas!”– No puedo evitar decir.

–“Y debo decir que son hermosas y me encantan”– Me dice el... Tipo.

Le iba a responder todo el diccionario de puteadas que me conocía. Pero eso no sucedió, es más, nada sucedió. Nunca más.

Sentí como mi rostro se ponía colorado por la vergüenza. Lo miro a los ojos y extendiéndole la mano le digo:

–“¿Vamos de vuelta al agua?”

Sonríe y se para de un salto. Me toma de la mano y los dos vamos corriendo hacia aquel hermoso mar...

Y yo sólo puedo pensar en lo afortunada que soy al haber encontrado a un hombre que me haga sentir la chica más feliz.

Comida

Kleh camina junto a su manada, como hace todos los días. Sus pasos son lentos, pues su cuerpo también lo es. En sus seis patas se distribuye todo su enorme peso: Tres de ellas resisten, mientras el resto avanza.

Como todos los días están buscando alimento: La dulce y tierna Hji. La hierba, que antes se encontraba en abundancia, exige caminar largos trechos para encontrarla en esta época de escasez.

Por supuesto que hay otras cosas para comer, pero no son tan sabrosas como el Hji. Kleh sabe, por ejemplo, que la Gbu es muchísimo más nutritiva... Pero es áspera y no tiene muy buen sabor. También está la flor del Cfrty que, si bien es deliciosa, no le alcanza ni para llenarle una muela. Y la cantidad necesaria para saciarlo... Bueno, simplemente le da pereza pensar en todo el esfuerzo que eso llevaría.

El día de hoy han caminado un buen trayecto, pero ninguno de la pequeña manada muestra signos de desgaste.

Kleh se aleja unos momentos del sendero porque ve algunas Cfrty a pocos metros, y nunca se desprecia un bocadillo entre comidas. Cuando está a punto de dar el primer bocado, siente como todo el piso tiembla. Mira en todas direcciones buscando alguna respuesta, pero solo observa que su manada se ha reducido de tres integrantes... A solo dos.

Para el cerebro de Kleh eso no es problema, un animal con su tamaño tiene pocos depredadores y ellos no atacan a la manada, solo lo hacen cuando encuentran alguna víctima solitaria y desprotegida. Pero Kleh está acompañado. No hay peligro.

¿En que estábamos? Ah, sí. La flor de Cfrty...

Kleh abre nuevamente su boca para degustar aquel dulce, cuando la tierra vuelve a temblar. Mira a su alrededor y, con horror, se da cuenta que se encuentra absolutamente solo.

Siente el miedo en todo el cuerpo. El terreno es desconocido y, para colmo de males, hay demasiadas rocas desde las cuales los depredadores pueden atacarlo.

Kleh avanza a pasos rápidos, al menos tan rápidos como su masa lo permite. A los pocos metros siente como el piso tiembla una vez más. Presa del pánico mira en todas direcciones esperando una emboscada: Adelante, detrás, arriba y a los costados, sus ojos corren de una posición a otra con miedo.

El piso sigue retumbando en un segundo final y Kleh observa resignado como la roca que está a su lado se abalanza sobre él con la boca abierta.